

CUANDO EL RÍO SUENA...

-Crónica de un desastre -



VÍCTOR DE CURREA-LUGO

Víctor de Currea-Lugo

CUANDO EL RÍO SUENA...

-crónica de un desastre-

Cauca, junio y agosto de 1994

A Juan Tama,
creador del pueblo páez.

A María Hermency Duque,
la niña de manos pequeñas,
quien murió víctima
de la enfermedad del duende
que yo no supe diagnosticar a tiempo.

Cuando el río suena...

© Víctor de Currea-Lugo

Primera edición: Bogotá, 1995

Edición electrónica: Bogotá, noviembre de 2022

Diagramación: Sonalys Borregales Blanco

Fotografía de la cubierta:

© Víctor de Currea-Lugo, Belalcázar, Cauca, 1994

Todos los derechos reservados

Hecho en Colombia

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2022

Ya han pasado 28 años desde aquel desastre y me queda en la memoria más lo que escribí que lo que viví. Supongo que eso nos pasa a muchos. Inicialmente, pensé en reescribir algunos párrafos para ser “políticamente correcto” y ponerlo a la altura de nuestro tiempo.

Pero finalmente me arrepentí, porque el texto que nació hace ya tantos años fue ese y no otro; porque yo tal vez ya no soy el mismo, pero el texto sí. Ya sé que ahora se dice pueblo nasa y no paéz, que Cauca es otro y que el país ha cambiado.

Si ya no soy el mismo que escribió este texto, ¿qué autoridad tengo para modificarlo? Me sentiría falso si cayera en la tentación de lo correcto, en repetir conmigo mismo eso que tanto odio de pelear por el punto y como cuando lo que hay es verbos de por medio. Y la atención de un desastre, como el desastre mismo, es acción.

Aquí desempolvo entonces este libro tal y como fue sentido y rabiado entre hojas sueltas en medio de alborotos apenas recordados.

*Víctor de Currea-Lugo
Bogotá, 8 de noviembre de 2022*

...PIEDRAS LLEVA

Yo no me acuerdo exactamente de cuándo conocí a Víctor de Currea-Lugo. Él dice en su diario que fue el "Jueves Veintitrés". Me acuerdo sí (no sé la fecha, pero debió ser a mediados de julio) que un día llegó a la "Corporación" con Rosario Saavedra, la persona encargada del tema de desastres en el Cinep y quien, a juzgar por las palabras de Víctor en el diario, ofició de hada madrina para construir entre él y yo una profunda amistad, desde antes aún de que nos conociéramos. Lo cierto es que sí, cuando nos conocimos o nos reconocimos, ya éramos viejos amigos.

Escribo "Corporación" entre comillas, porque en ese momento NASA KIWE, además de una carpeta de manila con unos decretos, era apenas una pequeña oficina en la buhardilla del Ministerio de Gobierno en Bogotá, y un salón enorme en el primer piso de la Gobernación del Cauca, en donde cientos de personas de todas las etnias y condiciones, hacían largas colas (que con frecuencia se convertían en complicados nudos, como en "La Nueva Prehistoria", un cuento de René Rebetez) para exponer sus necesidades, sus expectativas o sus propuestas, ante una mesa de madera tallada, tomada en préstamo del comedor del Hotel Monasterio, que hacía las veces de despacho del director ejecutivo.

Cuando les llegó el turno en la fila a Víctor y a Rosario, nos trasladamos a conversar al único sitio que en ese entonces me garantizaba la privacidad necesaria: una banca del Parque Caldas, al frente de la Gobernación.

Allí me mostró Víctor una serie de fotos de Belalcázar que le acababan de revelar, me habló sobre su "diario de subjetividades" y durante los pocos minutos que duró la charla, me permitió reencontrarme con ese "yo" (que parecía tan lejano, a pesar de que solo nos separaban dos o tres semanas), despreocupado y plácido, dedicado a escribir y a hacer charlas y talleres, que era yo antes de que la avalancha del páez me clavara en la Dirección de NASA KIWE.

(¡La tierra se sacude históricamente durante unos cuantos segundos, despelota un mundo de universos y un universo de mundos, y ahora sí, venga usted y arregla esto...!). Hoy, leyendo el texto de Víctor de Currea-Lugo, me pasan por la cabeza, como en una película en cámara ultrarrápida, mis propios recuerdos de los días que siguieron al terremoto del seis de junio (y que inevitablemente tengo que comparar con la Tierradentro de ahora: los estudiantes de la Facultad de Medicina de la Universidad del Cauca, por ejemplo, participan hoy activa y permanentemente en el nuevo enfoque de salud que se está construyendo desde NASA KIWE con el CRIC, el Servicio de Salud y las comunidades. Pero no se trata de actualizar un informe, sino de gozarse el texto en toda su frescura).

Me encuentro en el libro de Víctor una cantidad de caras que vi en las múltiples e interminables reuniones de los primeros días en los distintos escenarios del desastre, y en las también múltiples e interminables travesías de los primeros días en toda clase de máquinas voladoras, incluyendo las heli-chivas de fabricación rusa, que se volvieron y son todavía parte esencial del aparato circulatorio de la zona.

Caras nuevas unas, desconocidas otras. Caras que no he vuelto a encontrar, sino en el libro de Víctor, y caras que se han convertido en mis permanentes interlocutores. Caras que nos permiten medir el avance o las demoras del proceso por los cambios en sus expresiones. Caras que despiertan en mí sensaciones que coinciden con las de Víctor y caras que me mueven a "subjetividades", para bien o para mal, totalmente contrarias.

Pero es que no se trata de estar en acuerdo ni en desacuerdo con el texto: allí está "Cuando el río suena...", como un testimonio sobre cómo

vivió el autor los días siguientes al terremoto del páez. Víctor habría podido escribir (seguramente también lo hizo) un informe "técnico-oficial" para el Ministerio de Salud sobre su comisión en la zona de desastre. Pero este libro es valioso, precisamente, por su carácter absolutamente personal, subjetivo, arbitrario. Por ser concebido con las tripas y para las tripas de sus lectores.

Y, además de todo, es un libro bien escrito, como los textos anteriores de Víctor de Currea-Lugo. Agarrador, dramático, profundo, incisivo. Cargado de un humor sutil que hace agradable la lectura, y de una bondad despiadada que obliga a entender que lo mejor y lo peor de la condición humana afloran y cohabitan en la crisis, y que no se puede ser simplemente maniqueo (estos son los buenos, estos los malos) porque a veces son inseparables, y comparten una misma cara y un mismo nombre.

Gustavo Wilches-Chaux
Director Ejecutivo Corporación de Reconstrucción NASA KIWE
Amaltea (Popayán), abril, 23 de 1995.

EN DEFENSA PROPIA

El lunes festivo seis de junio de 1994 la tierra de los paeces se movió ocasionando la destrucción de varios de sus poblados y una posterior avalancha que dio cuenta de las poblaciones restantes. Solo varios días después el país y sus diferentes instituciones de prevención y atención de desastres pudieron medir la real magnitud del evento.

Como médico del Centro de Estudios para Prevención de Desastres de la Universidad Nacional de Colombia asistí a desarrollar tareas asistenciales en la zona de Silvia, Cauca, y estando allí fui notificado de mi vinculación, como profesional de apoyo, a la Oficina de Emergencias y Desastres del Ministerio de Salud.

Me desplazé a Neiva y desde allí participé en numerosas reuniones, viajes a diferentes zonas afectadas y visita a múltiples albergues. En mis tareas tanto de planeación de programas como en la ubicación de médicos en la zona de influencia de Belalcázar, llevé una vitácora personal en la que registré las cosas que oía, en su gran mayoría rumores alimentados, versiones sesgadas y comentarios nacidos del cansancio y la desesperanza.

Este libro, pues, no es otra cosa, no puede serlo. Nació como un diario íntimo, por tanto tiene los datos y análisis hechos al calor del momento. Falta el registro de los primeros días debido a que concebí la idea de una vitácora seis días después, así mismo hay saltos en los días en que se opta por el silencio.

Sus alegrías no están explicadas en cantidad de toneladas ni sus tristezas en el número de muertos; sus personajes no son inamovibles figuras de cartón; sus visiones no son globales ni totalizantes; sus apreciaciones no son definitivas, sino las que se diluyen al momento; sus pretensiones no son diferentes a las del diálogo de dos amigos que cuentan en voz baja lo que no se le sostiene a nadie porque son eso, apreciaciones. Total, cada uno habla de la fiesta según como le ha ido en ella.

Agradezco de antemano a todas las personas, instituciones y circunstancias que hicieron posible mi participación y la observación directa de un tema que me ha significado la construcción interna de una gran utopía.

Definitivamente, como decía Eliseo Diego, el destino es chambón: la suma de circunstancias para que un helicóptero coincidiera con una caja y ésta con un médico, funcionó como un complot para que se realizaran, o se dejaran de hacer, múltiples tareas pequeñas, puntuales, de hormiga, incuantificables; esta suma de aspectos fue la red innumerable que posibilitó los logros y los fracasos.

Por último, ofrezco este libro a la memoria de la pequeña de tres años de Ricaurte que corría con una sonrisa en la mano para salir en la fotografía con sus compañeros; a ella y al futuro que le espera y que deseo sea algo más que otra utopía.

*Victor de Currea-Lugo
Belalcázar, Cauca, agosto de 1994*

PRIMERA SEMANA

Y la avalancha se metió hasta en los oídos de los sordos, carcomió los ojos de los ciegos, rompió el amor y el odio, urgó los sentimientos y lógicamente arrasó el dinero.

Con el alba se levantó la algarabía de los periodistas y se inventaron héroes de papel y chocolate que contaban a voz en cuello sus rescates imaginarios. La tragedia llegó con la fuerza de un parto a la muerte, como una cagada contenida, con la bulla propia que secunda a un profundo silencio, un silencio llamado a hundir en el agua y luego en el lodo y luego en su eterna miseria a cientos de criaturas.

Así vino la desgracia envuelta en palos y piedras llevándose los carros, las manos arrugadas, la humildad de los rostros, los rostros sudados, los sudarios y hasta los muertos que sintieron no tener derecho ni a la paz de los sepulcros.

No valió gritar, reír ni llorar, el tinto se regó sobre el mantel salpicado de lodo, las teorías físicas contenidas en el libro de la Normal Nacional de Belalcázar no trancaron la avalancha, las grabadoras cantaron su último "amor de pobre" mientras sus instalaciones eran violadas por el lodo asesino sin derecho a decir ni mierda. Y los astros se sentaron a llorar mientras nos enterábamos de que a Dios lo cogieron durmiendo.

Solo horas, días después, incluso semanas, el desastre empezó a mostrar lo grande de sus dientes: a las listas de pueblos afectados ya

por la avalancha o por el sismo, seguían las de veredas incomunicadas por daño en las vías, al extremo que los puntos a cubrir llegaban cerca al centenar y sobre cada uno se tejían versiones diferentes, sobre sus daños y sobrevivientes, sobre sus casas y sus siembras, sobre las ayudas recibidas y las pendientes. La prensa, como un Quijote contra los molinos, arremetió contra el Sistema Nacional para la Prevención y Atención de Desastres y sus instituciones.

Las recolectas y las acciones caritativas subieron como palma y bajaron al silencio como coco; al despelote siguió la incertidumbre y muchos de los que queríamos colaborar terminamos por ir al área del desastre por nuestros propios medios y una vez allí comenzamos a reconocernos, organizarnos y tratar de ordenar ese desbarajuste nacional reflejado en otro "hecho lamentable" que dará origen a algún decreto del Gobierno, a un premio de periodismo para una fotografía macabra, una destitución, algún ascenso y a este intento de no dejar desvanecer la memoria impunemente.

Por fin se avanzó una barbaridad, como dijo Pedro Gómez en su balance a los tres meses de Armero, pasamos del caos al desorden. Y en tal estado, las cosas a medida que se reposaban como si fuese un vaso de agua turbia, se fueron sentando las instituciones y los hombres para tratar de que no se cumplieran los designios de la prensa y de la historia: que al desastre sobreviniera otro desastre igual, la ayuda.

DOMINGO DOCE

Estamos en Silvia, Cauca, junto con un grupo de muchachos de diferentes carreras de la Universidad Nacional. Hace frío, un frío penetrante y húmedo que nos impide la respiración. Allí mucho es confusión. Frente a la pared de la sede del CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca) hay dieciocho páginas con listas de desaparecidos por el desastre.

Los rumores invaden los caminos: se dice, por ejemplo, que los militares temen la llegada de ayudas a zonas que no son de su dominio y en las que presumen la presencia de guerrilleros. La zona páez es rica en movimientos telúricos y en movimientos subversivos. El mismo Juan Manuel Uribe, en una reunión en el sistema, evidenció su miedo a que las remesas quedaran en manos de los subversivos.

Los guambianos tuvieron que cerrar las vías para exigir ayuda. Están cansados de contemplar pasar carros y carros de suministros con destino a otras partes y ellos, damnificados ahora y siempre, verlos seguir de largo como carne al matadero a la que no tienen acceso.

En el desarreglo de las tareas iniciales de atención, sobre todo de evacuación de comunidades indígenas de zonas de alto riesgo sísmico, se repitió lo vivido en Armero: familias separadas con un hijo en Neiva, la niña menor en un albergue de La Plata y los padres en Escalereta.

Esta evacuación, por más que se ampare en mapas y sismógrafos, es un desarraigo del indígena con su tierra, para ellos más duro que

la muerte de sus hijos es el castigo que recibieron, según ellos, de la madre tierra.

El reporte de prensa de hoy habla de sesenta y cuatro muertos flotando en las aguas de la represa de Betania. De una gran mayoría de las poblaciones no se sabe mucho, la incomunicación reina (que medio país esté incomunicado no es culpa del invierno, de los temblores, ni de la avalancha).

Los rescates los hacen soldados con fusil terciado; cuando lo de Armero una de las primeras decisiones fue enviar ocho batallones para que acordonaran el área.

Para los guambianos, las instituciones de socorro no han hecho sino estorbar. Una señora de piel clara se acercó a "recomendarme un niño para adoptarlo". A mi lado, cruzó un guambiano con su ruana tradicional y su guari (sombrero negro guambiano), montando una hermosa moto Suzuki.

Arriba de Silvia, camino a La Campana, se observan casas averiadas por el sismo, dentro de las primeras hay cinco a punto de caerse. El río Piendamó tiene fama de ser medicinal para las "siete luchas". La tierra indígena tiene sus propias autoridades: alguaciles, capitanes y gobernadores. Todos visten con una uniformidad insoportable, la falda guambiana es común a hombres y mujeres, para ellos el pantalón debe ser una cosa muy ridícula.

Nosotros somos extranjeros, no solo por nuestra ropa y nuestra lengua, sino hasta por nuestra manera de mirar. Las casas se ven como incrustadas en la dura montaña, los cerros son duros, macizos, incorruptibles y las casas como prolongaciones de ellos.

La atención médica inicial solo fue posible una vez conseguimos la "complicidad" de las promotoras guambianas de salud. Hacíamos la consulta frente a la madre del niño y la promotora, todo transcurría en español hasta el momento de entregar los medicamentos, en ese instante nos dirigíamos solo a la promotora y le decíamos las dosis, luego ella se lo transmitía a la madre en guambiano, un guambiano entrecortado con palabras como Ranitidina que no tienen traducción

en su lengua (idioma para ellos, "dialecto" para el blanco"). Atendí a Antonio Huyené, a Liliana Dagua, a Jesús Timiyé, a María Tumbial, entre otros. Con los paeces conocí un emplasto de yerbas maceradas que usan para las infecciones, en un día seca el pus de tal manera que parece milagrosa, por supuesto, el nombre de las plantas permaneció en secreto para mí.

Por la radio de la ambulancia se oye de trescientos damnificados en Inzá. La tierra no ha dejado de temblar. En la noche, nos arrunchamos con dos enfermeros y temblamos como una sola masa de carne hasta el amanecer.

Uno de ellos dice que acá no es que haya movimientos sísmicos, sino que la tierra tiembla del frío tan hijueputa. Reconozco que estas tierras sin desastre serían para mí en su cotidiana labor, un aburrimiento total donde no cabría mi alma citadina.

LUNES TRECE

Una niña de Moras se despertó gritando: "¡Papá, papá, se vino la peña!". Fui a visitar un albergue páez para mirar algunos aspectos de saneamiento ambiental y cuando el gobernador avisó la presencia del médico se armó de manera automática una gran fila de personas para consulta: treinta y dos en un par de horas (recuerdo que alguien sugirió "organizar pozos escépticos").

Llegó un guambiano en su moto para llevarme al Hospital de Silvia: llamaron de Piendamó Arriba por un aborto precipitado por el susto. Cuando estaba en el hospital hablando con su directora, María Esperanza Realpe, llamaron del Ministerio de Salud para hacerme saber de mi vinculación a su oficina de desastres, qué alegría y qué risa que se hablara de mí como un "experto en desastres" cuando no era más que un médico inquieto por el tema.

También oímos que venían 3.000 personas desde Inzá. En Vitoncó, más allá de Escalereta se hablaba de 1.500 personas aisladas y sin médico, medicamentos, ni mercado. Hoy, se reunieron tres gobernadores indígenas para darle cuerpo al Comité Local de Emergencia. Por orientación del Ministerio de Salud viajó a Neiva, camino a Popayán una señora me cuenta que "cuando el sol está así de quieto, como el lunes pasado, y todo tan callado, es que va a temblar".

En la ruta del carro atravesando la cordillera, por el volcán Puracé, me contaron que luego del desastre los precios se dispararon y una panela podía valer 2.000 pesos y una libra de papa ochocientos.

A la media noche, en un caserío a mitad de camino, me encontré con un amigo socorrista con el que fuimos a Armero hace casi nueve años, él busca un familiar desaparecido en el desastre.

Un cura siempre encuentra donde dar misa, así le pasa a las otras profesiones del hombre y los que nos dedicamos a este cuento de los desastres tal vez es este país el que más enseñanzas puede brindarnos, lo que no significa necesariamente que aprendamos. Además, lo pregunta Marcuse, ¿quién educa a los educadores? y ¿dónde está la prueba de que ellos poseen "el bien"?

Me entero de que la ambulancia que consiguió Navarro para Mosoco la tienen alquilada a la lechería para transportar cantinas, certifico cómo los paeces exigen pañales desechables cuando antes no usaban ni de tela. Una señora que vio el desastre desde los cerros anexos a Belalcázar cuando le preguntaron qué sintió cuando vio que la tierra se derrumbaba, contestó: "no me alcanzaron los ojos".

En Silvia se veían niñas de quince años, salidas de los albergues y bebiendo hasta la embriaguez, en los griles más visitados como "El Pájaro Verde ". Allí algunos damnificados piden hasta que les bañen a los hijos.

MARTES CATORCE

En Neiva me puse en contacto con el jefe del Servicio Seccional de Salud del Huila, Victor Andrade, quien me envió, en principio, a coordinar envíos de medicamentos a diferentes sitios desde el Aeropuerto de Neiva en compañía del médico Jaime Cabrera. Ya iban ocho días del desastre, comenzaba la cumbre de presidentes en Cartagena y se acercaba el mundial, en otras palabras: la tragedia se acabó.

La poca información de prensa hablaba de 18.000 damnificados, de los cuales 6.000 estaban en albergues. Supe que en el aeropuerto un general hizo descargar un helicóptero que ya estaba abarrotado con medicamentos. Una vez organizados varios envíos, nos fuimos a visitar y tratar de “meterles mano” a los albergues de Neiva.

En los albergues encontré un grupo de trabajadores de la salud reunidos, no creía que fuese la primera reunión del albergue, nos presentamos, nos pusimos de acuerdo en lo prioritario, de manera ágil asumimos tareas, nos agrupamos con los albergados y les contamos algunas decisiones: que no se seguiría contratando a las dos señoras para que les prepararan los alimentos porque ellos no eran minusválidos, que habría un horario de funcionamiento porque ya la gente se quejaba de los hombres que llegaban al albergue borrachos y cantando rancheras a las dos de la mañana, que nadie volvería a llamarlos a sus cuartos para pedirles que pasaran a comer porque habría una hora de comidas, que la basura de los alojamientos y los patios debían recogerlas según las listas de las comisiones de aseo, y que los albergues no eran sitios para venir a buscar jóvenes para contratarlas como muchachas del servicio.

En la posterior reunión con el COVE (Comité de Vigilancia Epidemiológica) del Hospital General de Neiva se garantizó la prestación de servicios médicos para los más de doscientos damnificados hospedados allí.

En el aeropuerto sigue el festín de vuelos y helicópteros para burócratas, personalidades e ilustres. Salvo el Pibe Valderrama que viajó para el Mundial, todos los personajes de la parafernalia nacional han desfilado, con lista de promesas incluida, frente a los damnificados como un batallón de la Legión de Honor. Se habla que en Lame hay sesenta personas que no han recibido todavía ningún tipo de ayuda.

En la noche, en la sede de la Novena Brigada, se realizaban las reuniones del Comité Nacional de Emergencias denominado Comando Nacional, Mando Operativo y de otras múltiples maneras. Allí, éramos unas treinta personas de las cuales siete la presidían, cinco eran generales; el que no era doctor era general. Los informes eran parciales, entendible, algunos matizados por optimismo y apreciaciones abiertamente subjetivas que le daban cierto aire de seguridad al "operativo".

Alguien comentó cómo en los albergues de La Plata, a uno de los tantos genios de la zona se le ocurrió armar un albergue solo para niños y allí, cual campo nazi, embutieron a los menores ante su llanto inútil y el asombro de los padres, hasta los militares cayeron en cuenta del error y procedieron a dar la contraorden.

El cura de La Plata fue denunciado por sus discursos disociadores con los cuales buscaba oponer a los albergados contra las instituciones que prestaban la ayuda; es tan grande el flujo de religiosos oportunistas en la zona que hasta rabinos han llegado: todos quieren robarse el liderazgo. En la noche salí del Hotel Americano a casa del médico Jesús Antonio Hernández, viejo amigo. Por el día, de tres de la mañana a nueve de la noche, me cobraron 40.000 pesos y el agua me la cobraron por aparte.

MIÉRCOLES QUINCE

Visitamos en la mañana el otro albergue ubicado en Neiva al interior de un colegio técnico: totalmente opuesto al del día anterior. La comunidad allí ha participado del embellecimiento del colegio, organizaron caminos de piedras pintadas de blanco, los horarios y turnos de comida, los medicamentos y hasta los espacios familiares separados por sillas, como marcando el terreno, en un teatro inmenso del plantel. Aprovechando el momento, nos dimos a la tarea de conseguir árboles para sembrar en el colegio con la colaboración del Inderena.

Luego inició la discusión sobre si debía o no garantizársele servicio médico a los albergados o si era más bien un proteccionismo infantil, un paternalismo lastimero. Si un albergue es un hogar de paso, ¿acaso alguien necesita de un médico en su hogar para poder vivir tranquilo?

¡Qué despelote el de esta tarde! Un funcionario de la gobernación del Huila, Albarracín, declaró en alerta roja varias poblaciones ribereñas e instó a su evacuación. En menos de una hora cuatro ministros llamaron a Omar Darío Cardona (director de la Oficina Nacional de Desastres), RCN aprovechó el desorden para atizar aún más la candela de las informaciones, los chismes y las intrigas. La reunión del comando nacional la iniciaron cuatro generales. Estábamos dieciocho personas de las cuales doce eran militares, algunos de la Armada de los Estados Unidos.

Omar Darío llegó sudando y despeinado por el desastre, su responsabilidad y la falta de seriedad de Albarracín. A partir de ese día en los corredores del aeropuerto, en las carpas de las bodegas de suministros, en los intermedios de las reuniones todos se referían al funcionario de la gobernación como "Embarracín". Falta en todos una pizca, por no decir bastante, de eso que para Aristóteles era la infraestructura de las demás virtudes: la prudencia.

En la noche, se habla de más de 2.000 desaparecidos. En Escalereta hay 2.029 personas. En La Plata algunos indígenas botan los medicamentos que reciben de mano de los médicos o los guardan bajo las colchonetas. Cerca de Belalcázar hay cuarenta sitios aislados para alimentar.

En Vitoncó, donde quedaban entre seiscientos y ochocientos, ya no hay nadie, todos fueron evacuados por ser zona de altísimo riesgo. Hasta ayer, iban ochenta y cuatro muertos sacados por los pescadores de la represa de Betania. Alguien sugiere que es mejor declarar el embalse campo santo.

En medio del ambiente afloraban anécdotas como las del alcalde de Belalcazar, Abelardo, todas girando alrededor de su supuesta torpeza y su descuido con el español. Dicen, por ejemplo, que su casa después del sismo quedó llena de "abreviaturas"; que no se refería a la Escala de Richter, sino a la "Escalereta de Rita"; cuando la guerrilla se tomó el pueblo en diciembre de 1993, afirmó que la guerrilla anunció su entrada al pueblo "con cinco garrafas de tiros"; al ser llamado por el gobernador del Cauca e interrogado por el estado de la carretera a Belalcázar, contestó: "de largo está bien, le falta es como de ancho"; en la Navidad le tocó representar a uno de los reyes magos y salió diciendo "yo soy el Rey Ba-a-saltar"; y, por último, dicen, que en una entrevista con posterioridad al desastre dijo que "en el páez hay tres ernias: la ernia mestiza, la ernia negra y la ernia indígena".

JUEVES DIECISÉIS

Hablé con mi jefe, Carlos Iván Rodríguez Melo, de la Oficina de Emergencias y Desastres del Ministerio de Salud, para viajar a Bogotá por ropa y otras cosas: me dio un cheque y me dijo: "compre la ropa que quiera, pero yo lo necesito acá".

Tal cual, me fui de compras. Visité nuevamente el albergue de La Esperanza, allí los negros están rebotados porque todo el mundo habla y cuida de los indios.

El general Delgado, de la Fuerza Aérea Colombiana, y el general Pulido, de la Policía Nacional, son excelentes: ordenados, caballerosos y eficaces. Delgado cambió la metodología de los vuelos, el anterior general decía: "tengo un helicóptero Mi-17 para Escalereta", "tengo un 212 para Inzá", como si fuera un despachador de flotas.

Para Delgado la cosa era al revés: cada institución pasaba una solicitud según sus necesidades y él buscaba, según prioridades, atender a todos de acuerdo con el número de pax -pasajeros-, carga y destino.

El helicóptero es un aparato que no se ha acabado de inventar, si falla una pieza se desgrana todo. En uno de ellos vamos aproximándonos a Belalcázar, entra al cañón de río Páez, el río es más exactamente una carretera de lodo que se ancha más y más a medida que ascendemos buscando el pueblo.

Abajo a la derecha se ve un pueblo en el que destaca su iglesia, también tiene una playa grande, lisa, como si allí nada hubiese pasado. Sobrevolamos a medida que vamos descendiendo, pasamos cerca y sobre el cementerio que tiene las tumbas ocultas en el lodo y unas pocas, las más altas, expuestas. Del hospital se ven ocho o nueve techos que en el norte empatan con el barro, bajamos en la cancha de fútbol.

Todos los pueblos visitados hicieron de la cancha de fútbol su helipuerto. Al sur, estaba la escuela primaria que ahora sirve de bodega. Allí, en el último salón, están varios pupitres enfilados para encarrar la poca droga que tenían. Nos recibió un médico moreno, de frenillo y overol azul: Julio Cesar Campuzano. Le explicamos, junto con Denis Racedo, la idea del Ministerio de colocar grupos de médicos en el área rural. El doctor Campuzano me contestó:

- Vea, doctor, usted habla muy bonito, pero, perdóneme, yo a usted no le creo. Su compañera dice que nos han mandado yo no sé cuántos medicamentos y aquí de eso no ha llegado nada.

Efectivamente, dos helicópteros llenos de medicamentos con destino Belalcázar fueron y volvieron a Neiva, pero su carga paró en cualquier otro lado. Le pedimos al Negro (así le decimos por afecto) un día de plazo para que recuperara la credibilidad en nosotros.

Luego nos mostró un mapa de la zona que contenía las veredas y los puntos que no aparecen en los mapas oficiales, mapa elaborado por el también médico y amante de la pintura Enrique Casas. Diez días después Belalcázar continúa sin luz.

Estábamos en esas, fuimos al hospital improvisado en un club de propiedad de la Prefectura Apostólica que delegaron para instalar diecisiete camas provisionales. Al regresar al salón una niña muy bella me saludó, no la reconocí, parece que debía reconocerla, estiró entonces su mano y me dijo: - Doctor, mucho gusto -y agregó- Carolina Gómez, la virreina mundial de la belleza.

Claro, tenía que haberla conocido, pero no. Entonces, sacó del bolsillo de atrás de su bluyin un papel y un esfero y dijo: "¿cuáles son sus peticiones?".

En Neiva se habla de una red de comunicaciones, que hay dos toneladas de medicamentos para Belalcázar, que ya el Ministerio de Defensa debe 58 millones en solo combustible, que un equipo médico francés en La Plata, que un hospital de campaña para Escalereta, que unos antropólogos en Inzá, que se cerró la carretera a Inzá por deslizamientos y que al Idema le tocó devolverse, que el capitán Pérez de la armada estadounidense cumple cuarenta años, es el diluvio universal de la información sin el arca de Noé que nos rescate.

Hoy, tembló dos veces nuevamente con fuerza. En las región de Belalcázar sigue temblando todos los días. En los últimos días todos se quejan de los dos cuellos de botella del sistema: las comunicaciones y la sistematización.

Omar Darío Cardona, que a los generales les dice "mi general", reprocha que los helicópteros anden con una bandera de la Cruz Roja cuando no es solo ella la que está trabajando, es todo el sistema. Fabián Arellano le explica:

- No es afán de protagonismo, si quieren ya mismo retiramos las banderas. Lo que pasa es que las pusimos allí porque nos dijeron que los sobrevuelos sobre algunas zonas pueden ser peligrosos para los helicópteros.

Ahora palpo el despelote, no es culpa del sistema, sino herencia de la nación, de los papeleos, los formularios de solicitudes, las planillas para tal o cual cosa, las autorizaciones escritas, los sellos y las constancias. Omar Darío Cardona, que había contaminado el sistema con una actitud sobradora y hasta pretenciosa, está cansado, pero tranquilo, ha hecho muchas cosas en su afán de tomar las riendas del mierdero, oye, percibe, revisa papeles, trata de evacuar temas concretos, procura ser muy ágil y eficaz en las reuniones, gana puntos.

VIERNES DIECISIETE

Salimos muy temprano a Belalcázar junto con dos funcionarios de PENNY (Professional Equipment for the Needy), una ONG estadounidense interesada en colaborar, a todos los que quieren colaborar toca llevarlos, pasearlos, echarles el cuento, tratar de amarrarlos con algún proyecto concreto y despedirlos rogando a Dios que salgan con algo. Vamos en el pequeño aparato de Helicol, yo viajo en el puesto del copiloto y entonces siento el deseo de mi amigo Alexander Escobar por ser piloto.

Para los damnificados el sonar de los helicópteros revivió el rugir del lodo cuando venía sembrando el terror. Los paeces cuando nos ven aproximando gritan: "helicópteru yuha", que significa: viene el helicóptero (ellos carecen de la "o" en su lenguaje).

Carlos Baquero, el capitán del helicóptero, me enseñó, y lo olvidé tan rápido como lo oí, el papel de cada reloj en las operaciones aéreas. Él participó como piloto en los rescates de Armero y como militar en la fallida operación contra Casa Verde, en los llanos.

En Belalcázar hablé con los encargados de los albergues de allí: la Defensa Civil. Antes de hacerlo pregunté a varios del sector salud sobre su papel y todos coincidieron en una respuesta: Aparte de comer, dormir y bañarse en la piscina, nada.

Les pedí que se reunieran en el puesto de policía y allí dije, casi en tono de culebrero, que dejaran de pensar que el socorrismo era esa

tonta actitud de las manilas y los mosquetones y los cascos amarillos jugando a supermanes criollos, que quién le había preguntado a las señoras si tenían o no toallas higiénicas, que quién había organizado un tendedero para la ropa, pues eso de que la gente seicara sus trapitos encima de los cambuches era como si a ellos les gustara que en la lejana Bogotá para secar la ropa la extendieran en los tejados, que si sabían hacer rellenos sanitarios o en otras palabras un hueco de uno por uno y medio por dos en el que se puede recoger la basura de doscientas personas en ocho días, que si habían organizado algo de recreación para los niños, que qué medidas habían tomado contra el hacinamiento, que si habían insistido a la gente en usar tabletas puritab, que el socorrismo era otra cosa más bella, más humana y más sensible que las pretensiones de los escudos y los títulos y tan sencilla como la solidaridad de las vecinas que intercambian un tacita de azúcar un jueves por la tarde.

Cuando no tenemos agites de éstos, el tiempo en el páez transcurre lento como una clase de álgebra. Al regreso a Neiva tenía un cupo y tres aspirantes: un camarógrafo de la policía bastante irritado, un funcionario de la Defensa Civil y una monjita. Opté por la monjita, pero le advertí:

- Hermana, la llevo si me paga el viaje, vale un padrenuestro por nosotros y otro por los damnificados.

Regresamos por Inzá. Allí las casas parecen garrapatas agarradas a la falda de la montaña. Me entiendo muy bien con Jaime Cabrera, es joven y descomplicado, trabajador y responsable. A pesar que está de padre recién graduado -su hijo Jaime Andrés nació hace pocos días- no descuida sus tareas.

A las seis de la tarde, reunión del sector salud. Para una antropóloga del Ministerio que viajó con nosotros no habíamos hecho nada, ella "iba a poner en cintura al Cauca y llamar a cuentas al Huila". Insoportable, sabihonda, sabía más de los paeces que Juan Tama, le encantaba iniciar una conversación para dejar a su interlocutor con la mitad del diálogo en la boca. Cuando salió de la zona, uno de los psiquiatras de la Universidad Javeriana que hizo presencia en la zona a través del Ministerio, me dijo:

- Vea, doctor, porque es funcionaria de ustedes y si no, yo le hubiera puesto una ampolla de Halopidol (un antipsicótico).

Para mi jefe la explicación es simple con la historia de la típica familia indígena: un hombre indígena, una mujer indígena, siete niños indígenas y un antropólogo...y el que está en la hamaca es el antropólogo.

Los censos no tienen mucha vigencia, día a día cambian las cifras porque la gente se sale, se devuelve a su zona, parte en busca de sus familiares, a veces las cifras cambian asombrosamente entre la mañana y la noche. El alcalde de Belalcázar apareció tres días después de la tragedia, el pobre perdió más de veinte familiares, pero aún así se mantuvo en su responsabilidad.

El mando sigue en manos de los militares, uno de ellos es el general Rojas del ejército, es muy medido para hablar y siempre trata de transmitir optimismo como si fuera un padre hablándole a sus hijos o un capitán novato a su escuadra a punto de entrar en combate.

Se habla de unificar y sistematizar todas las listas de damnificados por albergue y hacerlas llegar a todo el país para evitar que los refundidos sigan figurando como desaparecidos y para que la reintegración familiar se facilite. Omar Darío está más tranquilo, modesto y ordenado. En los últimos dos días se han transportado cincuenta y ocho toneladas, desde la base de Neiva han volado 454 horas lo que vale 260.000 dólares, se han movido un total de 485 toneladas y 6.500 pasajeros.

Hay un merecido optimismo, un parcial parte de victoria a pesar del despelote que todavía reina, no ha habido el primer muerto por problemas de salud en los albergues, por primera vez sentí y entendí que sí era posible el sistema, gente como Fabián de la Cruz Roja es un ejemplo de organización, trato de aprender de todos ellos, cien toneladas de alimentos se han enviado a La Plata, se cubren treinta y dos puntos en salud, qué bien, por fin tanta crítica mutua y envolate se aclaró en algo bonito y colectivo, todos estamos cansados, unos más que otros, esto ya cogió ruta, ojalá se mantenga, esto merece una cerveza. En el fondo, todos somos unos necesitados de afecto.

SÁBADO DIECIOCHO

Mi vida social en Neiva es reducida: solo conozco doctores, pilotos y generales. Hoy llega Gaviria, organizamos con Jaime un cargamento de suministros médicos para La Plata, allí hay, además, un carrotanque, con dos tanques, del Ministerio para surtir con agua potable los albergues.

De pronto Jaime se perdió, no lo veo, llega Gaviria, subo al segundo piso, desde allí se ve la pista, baja el presidente y los ministros de Defensa y de Gobierno, saludan a una fila de cinco o seis personas que actúan como Comité de bienvenida, son Omar Darío, el general Rojas y, entre ellos Jaime, saluda al presidente y a los ministros, da media vuelta, regresa y sigue empacando cajas.

Los nombres de los albergues y el número de damnificados cambian día a día. Voy a Inzá, allí me informan que hay una mujer mordida por una culebra (ul, en lengua páez) y vamos por ella a San Luis, en helicóptero. Viajamos con un socorrista de la Cruz Roja y un teniente de la policía.

Al llegar, la magia de siempre: los niños corriendo tras los helicópteros con sus sueños de piloto entre los ojos y su amor por el aire entre los brazos. Le digo al socorrista que si tienen suero, que no; que si tiene un bisturí, que tampoco; que si tiene analgésicos inyectables, que menos; entonces le digo que eso no es un botiquín, sino un neceser, que es otra cosa.

La señora mordida estaba en las últimas casas, como a diez cuadras del helipuerto -la cancha de fútbol-, la encontramos echándose el colorete y mientras la hija le alistaba los zapatos de tacón para estar presentable. Le preguntamos que donde estaba cuando la mordió la cascabel y ella contestó:

- Pues, cerquita a la culebra, doctor.

Todos creen que el helicóptero es la solución a todos los males: a los divinos y a los humanos. Tratan de justificar su viaje en familiares desaparecidos, dolores de años de existencia que ahora requieren "manejo del especialista", urgencias jurídicas. No puedo entender cómo vivían en este pueblo cuando los helicópteros no existían. Qué inútiles y ridículos aquellos socorristas que manotean frente a las naves apunto de aterrizar sin que los pilotos tengan ninguna consideración por sus señas de micos.

Al llegar a Belalcázar encontramos en el piso de la escuela primaria que hace las veces de bodega, unos doscientos zapatos de mujer, de tacón alto y colores vistosos donados para las indígenas paeces.

Desfilaban los socorristas con su ropa de recién-llegados y su cara de ya-nos-vamos, con sus mosquetones a la cintura, sus cascos de paracaidistas reciclados, sus manilas terciadas que rara vez desamarran, sus cuchillos sin filo, sus miedos y sus preocupaciones lejanas.

Era ya medio día y faltaba visitar algunos puntos y hablar con otros directores de hospital, entonces decidí almorzar en pleno vuelo con un inmenso tarro de leche condensada que alguien me regaló. ¡ay, qué dolor tan hijueputa!, tocó bajar, buscar una enfermera y una ampolla de Buscapina y una camilla para en media hora superar el dolor, envolatar el cansancio y dormir los espasmos que me reventaban las tripas.

Las raciones de campaña son una mierda, comidas de castigo para los soldados: un tamal (que más exactamente es un mazacote cuadrado y con sabor a óxido), cinco confites y un trozo de panela. Por

todo lado hay paeces, tantos, que alguien sostiene que debe haber más de un paisa haciéndose pasar por páez. Los viajes de las personalidades nos inundan: otra avalancha de reinas, de candidatos, de periodistas, de damas de la caridad.

En Silvia las jugadas son políticas: Navarro y Piñacué versus Lorenzo Muelas. Mañana elecciones, el país está entre las urnas, el Mundial y los artículos de prensa de los antropólogos que se pusieron de moda porque volvieron a tener indios.

Varios frentes de las FARC se acabaron, parece que murieron mínimo dieciocho guerrilleros. Otros comentan que entre el lodo de Irlanda hallaron armas y que entre los primeros ciento ochenta y cuatro cadáveres rescatados de la represa de Betania, varios cuerpos tenían cartucheras en su cintura y no eran precisamente militares. Un páez me contaba que él prestó el Servicio Militar durante seis meses, le pregunté que dónde para que fuera tan corto y él me contestó: "pues, con las FARC".

MIÉRCOLES VEINTIDOS

Salí de Belalcázar a Bogotá a organizar una tarea puntual con la Universidad Nacional, allí conocí a Jaime Castro (no el lcalde), el nuevo director de Medicina Preventiva, a María Inés Sarmiento y al grupo de médicos internos dispuestos a viajar a la zona del desastre. Les advertí de la leyenda de que en una calle de Belalcázar hay enterrado un muñeco y todo aquel que camina sobre ese sitio, que lo pisa, se casa al poco tiempo.

Yo no tenía todavía una idea clara del desastre, creo que nadie la tenía, todo se iba en supuestos y en una entremezclada superposición de subjetividades que con algo de forma podrían parecer un discurso coherente. Creo que uno debe hablar para cambiar la realidad, si no pues solo queda el silencio, en este caso muy cercano a la resignación.

En bus intermunicipal viajamos los doce: María Inés, los diez internos y yo. Al salir de Bogotá un tipo nos ofreció en venta unas pulseras medicinales, las mostraba con una retahíla sobre los poderes del cobre ante el ácido úrico, su efecto regulador de la bilis, sus ventajas para limpiar el hígado y hasta su ayuda para controlar el acné.

La organización de los equipos extramurales no fue fácil: en la zona del páez se identificaron al paso de la avalancha algo así como cuarenta y dos puntos aislados por la destrucción de puentes, caminos, carreteras y tarabitas (esos cables que tienden de lado a lado del río para cruzarlo), el número total de personas era considerable, Julio César Campuzano era el médico que, con base en Belalcázar,

distribuía médicos y paramédicos voluntarios en un afán desesperado por garantizar el cubrimiento adecuado, aprovechando eventuales viajes de helicópteros.

Muchas de las drogas que partían de Neiva con destino a Belalcázar se quedaron en otros lados. El sistema designó un helicóptero para el sector salud, las cuarenta y dos zonas ascendieron a cincuenta y luego se distribuyeron en varias principales y otras satélites teniendo en cuenta la cercanía, priorizando la mayor población, esquivando el cruce de ríos, programando los vuelos y apoyándose en los resguardos indígenas.

En el bus hablamos de la Coca-Cola, esa que junto con la Aspirina, la Penicilina y el Tryptanol son los inventos del siglo, de los días que pasarían los médicos internos sin probarla y hasta del dicho con que se suele definir a las muchachas demasiado orgullosas: "es que se cree la última Coca-Cola del desierto".

Hablamos y recordamos historias como la de mi caminata en Arauca hace ya seis años, cuando a las dos de la mañana y luego de caminar nueve horas por trochas y a oscuras, agarré por equivocación una culebra mientras buscaba a tientas un gajo que me sirviera de apoyo, le pregunté al tunebo que me acompañaba que qué haríamos si me mordía una serpiente, se lo pregunté pensando en los secretos de las raíces vedados a los blancos, pensando en la tradición oral de las plantas y las medicinas tradicionales, pensando en las pociones y brebajes indígenas y en los milagros del monte, el tunebo respondió: "Usamos suero antiofídico".

Y en ese entonces sentí (a diferencia de hoy) que la medicina tradicional era pura mierda, que era un invento de Gutiérrez de Piñeres y de otros profesores universitarios para justificar su sueldo y su oficio.

Hablamos de que todas las Teresas son gordas porque no conocíamos a ninguna flaca, que todas las Nancy son solteras y todas las Claudias peligrosísimas. María Inés me contó que su papá, también médico, estuvo en Pozzeto la vez aquella en que Campo Elías Delgado entró devolviéndole a la sociedad lo que estale enseñó, me contó de los

festivales de poesía de Medellín y del paso del M-19 por el Ministerio de Salud donde les pudo más la debilidad que la utopía.

Comparamos a páez con Armero; en Armero la gente perdió sus tierras fértiles, sus casas elegantes, sus cuentas bancarias. Armero en todo caso era una tierra pujante, donde hubo blancos y adinerados; Tierradentro es una región de "indios, feos, brutos y ladinos" que no le representan a Popayán ni naranjas.

Armero era un punto neurálgico en la economía tolimense, páez es un desparpajo de pueblos olvidados. Armero era un único sitio para entrar en helicóptero, páez es un extenso territorio graneado de veredas de nombres confusos y enredados, un salpicado de casas inconexas.

En Armero se perdió todo en un instante, en Tierradentro el desastre no es más que otro eslabón de una larga cadena que inició hace quinientos años. Con Armero se opacó la noticia de la toma del Palacio de Justicia, en páez bastó el inicio del Mundial de fútbol, de las crónicas sobre Asprilla y el Pibe, para que el desastre perdiera espacio y más espacio hasta refundirse en la última página del diario y luego saltar al olvido.

En la tarde, en el Hospital General de Neiva, explicamos a los internos lo que conceptualmente es un desastre, lo de la clasificación de heridos, lo de la salud mental en estas situaciones, lo de las particularidades socio-culturales de los paeces; que allí no tendrían la asesoría a la que estaban acostumbrados como internos en un hospital universitario, que allí no hay bibliotecas para consultar, que no verían el helicóptero sino cada tres días y solopor los minutos necesarios para intercambiar información y remitir pacientes.

Jaime Cabrera les dice que tranquilos, que los indígenas no son extraterrestres; varios les hablan, algunos casi que les prometen pajaritos preñados y bolitas de mierda, al final creo que nadie ha entendido realmente de qué se trata.

JUEVES VEINTITRES

La noche anterior nos fuimos con Jaime a organizar los paquetes de medicamentos y la dotación para cada uno de los Equipos Extramurales: que su carpa, que las cobijas, que la colchoneta, que los suministros médicos, que el mercado; acabamos a las doce de la noche. A las siete y treinta ya estábamos todos en el Aeropuerto para salir hacia Belalcázar, allí me reencontré con Javier Moncayo (del Ministerio de Salud), con su pelo alborotado y su eterna sonrisa de niño.

También apareció un tipo desagradable: un médico de la Defensa Civil que el día de ayer al hablar con los médicos les dijo que esto era como Vietnam, que la Defensa Civil tenía veinte médicos en el área, que bastaba pronunciar su apellido para lograr el apoyo de cualquier socorrista o de cualquier entidad en la zona del desastre.

Me saludé con Gustavo Wilches, de él sabía poco, más exactamente solo conocía sus traducciones de Cuny, sus textos sobre ecología y unas pocas referencias personales que me había hecho Rosario Saavedra; fue precisamente ella quien le habló de mí y parece con gran entusiasmo, pues con igual fraternidad me abordó Gustavo.

Volamos a Belalcázar en el Helicóptero Super Puma de la Fuerza Aérea Ecuatoriana. ¡Cuánta adolescencia a flor de piel de los médicos internos que ahora sí se imaginaban en una guerra, de mí y de Javier Moncayo quien disfrutó de cada declive, de cada inclinación de las palas, de cada corriente de aire con la veneración del ser que de no haber sido médico tantos años en zonas difíciles del Magdalena

Medio y tuviera otra oportunidad sobre la piel, escogería ser piloto de helicóptero!

En Belalcázar otra inducción: Oscar Ospina del Servicio de Salud del Cauca les habló de los mitos paeces; Fernando Ortiz, Julio Cesar Campuzano... habló hasta el Ministro de Gobierno, Fabio Villegas. Oyeron de los "Te'wala", los hombres grandes que curan los males del cuerpo y los males del alma; de los partos atendidos por las "Tushbajisa" o sobadoras de barriga; de las enfermedades frías y las enfermedades calientes, de las plantas frías y las plantas calientes, y que de la combinación de estas últimas surge el alivio para las primeras y la clave para la salud.

Luego otro obstáculo, el idioma: cuentan que un indígena a todo respondía "Sí, sí, sí"; ; un día lo cogieron los militares y cuando lo interrogaron sobre si pertenecía al grupo guerrillero Quintín Lame, él dijo: "Sí, sí, sí".

Para colocar los Equipos Extramurales tocaba ubicar los sitios primero en los mapas, segundo en la zona, y tercero hallar en el pueblo elegido un cancha de fútbol que hiciera las veces de helipuerto.

Antes de partir hacia Neiva nos habíamos comprometido a que cada médico tendría su fonendoscopio y su equipo de órganos de los sentidos, pero incumplimos: nos creímos la promesa del transporte y al final no lo teníamos. El negro Campuzano afirmaba que esa era la prueba fehaciente de nuestra irresponsabilidad como Ministerio, centraba en eso toda la discusión y no reparaba en el 99 por ciento de las cosas logradas, sino en el uno por ciento en que habíamos errado, luego: ¡los hijueputas éramos nosotros!

Mediamos, ¿sería acaso imprescindible el fonendoscopio para diagnosticar una diarrea o una ictericia? resuelto: no habría salida de ningún equipo extramural hasta tanto llegaran los fonendos. Mágicamente, todos fueron reconociendo que el fonendo más que un elemento es un símbolo, como la vara lo era para los gobernadores indígenas, las insignias para los militares y las corbatas para los burócratas.

Inicialmente con Givoanni a Taravira, en el vuelo se ven los tramos de la carretera trozada por la avalancha; vemos una pared de lodo que en su curva alcanzó a lo menos cincuenta metros de altura; como todos los caseríos parecían iguales bajamos a uno y luego a otro pueblo hasta que en el tercer intento logramos dar con la meta y por fin Giovani quedó instalado.

No sé que harían los pilotos de helicópteros en los desastres sin canchas de fútbol, son salvadoras. En todo caserío que se respete hay unas varas que hacen las veces de arco en un potrero que hace las veces de cancha.

Pedimos a los médicos internos que marquen los pueblos en los improvisados helipuertos usando piedras pintadas o cal para reconocer un pueblo del otro, como si fueran direcciones colocadas en el aire. Son tantos los caseríos que es entendible que no se tenga ni siquiera un aproximado de muertos.

El segundo médico interno en salir fue Hugo, para San Luis, al sur de Belalcázar. Se despidió de todos de abrazo, le dio a María Inés una carta "Para mis padres por si no vuelvo"; me sentí como un general yanqui mandando niños a Vietnam.

La Universidad del Cauca enviaba, antes del desastres, a los estudiantes de medicina de último año a la zona del páez, en un especie de ruralito. A partir del desastre se reunió el Consejo de la Facultad de Medicina y no solo suspendieron dichas prácticas, sino que prohibieron el envío de más internos porque "se trata de una zona de alto riesgo".

Después, volví a hablar con Carolina Gómez, la virreina de belleza, su oferta de ayuda logramos concretarla a una sola cosa: un helicóptero para el sector salud. Yo le comentaba a Oscar (el nuevo piloto): "te das cuenta, hermano, a mí las reinas me hacen los mandados".

Luego, dejamos al médico Fernando en Tálaga, a Juancho en Lame, a Ruby en Ricaurte, a Germán en Cohetando... Mientras, Oscar me contó que si uno nace en un avión viaja gratis toda la vida, él tiene un compañero que se llama Sateno, por la aerolínea Satena.

De regreso a Neiva, nos reunimos en el Servicio Seccional de Salud con Víctor Andrade, Carlos Iván, Javier Moncayo, Oscar Ospina y tres o cuatro más. Se habló de asuntos formales e informales, salió como tema de conversación el muchacho que decía ser delegado del Instituto Nacional de Salud, bastante lunático; del casi ciento por ciento de cubrimiento logrado con los Equipos Extramurales, de la disminución de enfermedades en los albergues, y del "mal postizo" que, explicado por Ospina, se trasmite por la materia fecal; hablamos de lo repleto de los albergues en La Plata, que en la planeación de albergues los criterios y las recomendaciones en salud no se pidieron al comienzo, sino después y ya cuando las enfermedades eran evidentes, que se está calentando el Volcán Puracé y el Hospital de Puerto Tejada está a menos de cincuenta metros del curso del río que nace en el Volcán, y que la zona está poblada de equipos de salud de iglesias de los más variados credos que hablan del apocalipsis, de los jinetes de los últimos días, de las profecías de Nostradamus, metiendo a la gente en el espanto de un futuro dantesco.

Muchos de los ofrecimientos no han podido canalizarse por la indefinición de Ingeominas sobre los sitios para asentamientos definitivos. Uno de los asistentes comenta que en Inzá están revolviendo el agua tratada con agua no tratada para aumentar la oferta, salió el tema espinoso de que el Hospital de Belalcázar estaba considerado desde varios años atrás como ubicado en zona de alto riesgo y se debía trasladar.

Ospina, con aire de culebrero, explicó el porqué el Hospital no se trasladó: los médicos tradicionales ya habían hecho un "cateo" buscando un lote más "energético", cuando se vino el desastre. Antes nadie quería vender lotes para la ubicación del Hospital, ahora no solo están dispuestos a vender los cuatro solicitados, sino que ya van en dieciséis el número de lotes ofrecidos. Lo cierto es que no va a haber nuevo hospital mientras no haya carretera para entrar los materiales (sería una locura llevar ladrillos en helicóptero) y lo de la carretera está bastante envolatado.

VIERNES VEINTICUATRO

Todavía siguen los recuerdos del tumulto de los días anteriores sobrevolando como mariposas a la hora de despertarme: que Mauricio Puerta y monseñor Jorge son dos miembros de la Corporación que poco se quieren entre ellos, el primero tiene un periódico, El Colibrí, desde donde se dedica a agredir a la iglesia, que un tipo que se las daba de funcionario del Instituto Nacional de Salud pidió que le ayudaran para hacer el año rural en Belalcázar y cuando Víctor Andrade le preguntó que dónde hizo el internado, se limitó a contestar: "yo primero quiero hacer el rural y después el internado", que en Belalcázar tembló dos días seguidos a las once de la noche y al tercer día la gente se retiró de la reunión minutos antes porque "ya venía el temblor de las once".

El capitán Vargas nos suministra unos tapones de oídos en forma de algodón y nos aclara que en caso de emergencia "deben sacárselos de los oídos y colocárselos en las narices para que de una vez queden listos". Ya en el aeropuerto, dos libélulas revolotean sobre la cabina del helicóptero, tal vez se burlan de nosotros.

Las cajas en que se transportan las diferentes donaciones son de todos los tamaños y de todas las marcas: cajas de galletas llenas ahora con antibióticos, cajas de toallas higiénicas con rollos de gasas, cajas de bombillas con cobijas, unas atadas con pita, otras con cabuya y unas pocas cerradas con cinta pegante. Algunas cajas en Catam tenían letreros como el siguiente: "que ojalá le llegue esto a los damnificados". A Belalcázar llegó como donación una caja de tacones.

En el albergue de San Sebastián en La Plata reina el desorden: cada vereda cocina y se resuelve sus cosas por aparte, hay plásticos regados, colchones en la tierra, niños por doquier. Alguien organizó equipos de fútbol para jugar entre los damnificados de los diferentes albergues y estos ahora piden sudaderas y guayos y balones. En el albergue de San Rafael encontramos la puerta con cadena y candado.

Ahora en Belalcázar tratamos de evacuar asuntos pendientes. Todos caminamos con miedo bajo las palas de los helicópteros, agachando la cabeza y doblando el cuerpo como quien busca una sensación de seguridad. Hablo con un comandante del helicóptero estadounidense Chinook para que nos regrese a Neiva, en estas circunstancias hasta en inglés me comunico. Cuando parte el helicóptero, los niños abren sus brazos para recibir la fuerza del viento mientras los grandes se acurrucan como polluelos enfermos.

Al regreso, nuevamente a llenar hojas de requerimientos de vuelo para el día siguiente. El capitán Vargas le preguntó a Jaime Cabrera que si para el sector salud teníamos un Ranger (en alusión al tipo de helicóptero) y Jaime le contestó: "No, tenemos un Dodge 300".

Luego hicimos mercado para los médicos: galletas de soda, enlatados... Ay de las niñas opitas y sus ropas vaporosas y menudas como anunciando su piel inexpugnable. Todos los días queremos terminar tareas a las seis de la tarde y todos los días nos dan las diez y las once de la noche. Hoy, sí me despedí a las ocho de la noche y me fui a tomar una cerveza con la jefe Astrid. Ya lo decía Shopenhauer: "el aburrimiento nos da la noción del tiempo y la distracción nos la quita".

SÁBADO VEINTICINCO

Ya hice maleta y viajo a Belalcázar. Solo minutos antes de partir caigo en cuenta que no he comprado abrelatas para dotar a los médicos (de estos detalles nada dicen los manuales). En el vuelo, hablamos con el piloto Oscar de todo un poco: de los amores difíciles, de los médicos, de los pilotos y sus viajeros.

En Ricaurte a mí y al piloto nos dieron naranjas y a Carlos Iván le dieron papaya. ¡Qué gente tan amable! Desde arriba se observan las quemas del monte por parte de los colonos para preparar el cultivo. En Ricaurte, Ruby nos dio una carta para su novio Juancho que está en Lame: correo aéreo, nuestro nuevo servicio. En Cohetando ha seguido temblando. Pienso que Dios tiene la obligación moral de existir.

Volamos a Taravira, a Tálaga, Lame... estoy mamado de llevar drogas, sacar pacientes, visitar médicos y resolver pequeñeces. Vamos a tanquear a Inzá con el aparato lleno, sin embargo, un campesino le pregunta a Oscar que de dónde viene. Él, ya mamado de tanta preguntadera, le contestó:

-De San Roque

-¿Y para dónde va?

-Para San Cayetano

-Bueno...

Ni San Roque ni San Cayetano existen en toda la región.

Los nombres son tan confusos que hay quienes dicen Escalinata a Escalereta y Pasteles a Pastales. Fue un día "frutífero", pues nos

regalaron todo tipo de frutas. En la Ceja, donde escasea la comida, la gente compró una gallina para preparársela a los médicos. La policía en Belalcázar le bota a la montonera de damnificados que está esperando ayuda en las puertas de la bodega de donaciones, bolsas de comida.

En la noche, hablé con un grupo de jóvenes cristianos que llegó a ayudar: Claudia, Rodrigo, Jaime...y ella, con su hermosa cara infantil. Hablamos un poco del diluvio universal.

Luego de despedirme entré a la biblioteca de la Prefectura Apostólica y tome un libro de los profesores de Salamanca titulado: "Biblia Comentada" y en Génesis 8:21 leí: "no volveré ya más a maldecir la tierra por el hombre, pues los deseos del corazón humano, desde la adolescencia, tienden al mal, no volveré ya a exterminar cuanto vivo hice sobre la tierra".

En Cuetandiyó la avalancha se llevó los cultivos de amapola, para muchos el desastre es un castigo de Dios por usar las tierras, no para sembrar maíz, sino esas porquerías que los extraños pagan muy bien cuando vienen periódicamente a recogerlas.

En Belalcázar los negocios están cerrados, faltan víveres para vender, los dueños abandonaron el pueblo. Solo el billar permanece abierto, si se llegan a robar las bolas se cagan en el pueblo. La otra diversión es ver llegar y salir los diferentes helicópteros y jugar a adivinar por su silueta de qué aparato se trata, desde la lejanía, y apostar. Cuentan que un tipo borracho llegó al albergue y entró a la carpa que compartía con otras familias y las amenazó diciendo: "¡éste es mi cambuche, así es que pa' la mierda todos ya!".

La iglesia que se cayó en Lame tenía quinientos años. Los paeces envuelven a los niños como crisálidas para que en su lucha de resistencia contra los amarres desarrollen sus músculos, eso lo llaman enchumbar porque el amarre se llama chumbe.

Cuando los paeces cometen adulterio son reprendidos primero, si continúan son colgados de los pies y, posteriormente, expulsados de la comunidad. A varias personas les aplican una inyección de Gifaril y como poco creen en las medicinas fabricadas en Colombia, a algunos

se les dice "que son unas inyecciones buenísimas que donaron los Estados Unidos".

Todas las zonas tienen su mesa: Tálaga y Mesa de Tálaga, Cohetando y Mesa de Cohetando, Belalcázar y Mesa de Belalcázar, parece un gran restaurante. A una paciente le formularon unos óvulos vaginales y se los tomó. Todo, todo es rumor, como el del río que no termina de pasar con su carga de lodo y de recuerdos.

DOMINGO VEINTISÉIS

El día empezó con un recuerdo de un capítulo de la vieja serie de televisión "Dimensión Desconocida", en el que un obsesionado por la lectura se oculta de su jefe en la caja fuerte del banco donde trabaja y allí, mientras leía, sintió un jalonazo del Planeta y al salir todo era destrucción, luego llegó hasta la biblioteca pública más cercana que estaba atiborrada de libros desperdigados, resbaló, se cayeron sus gafas y escuchó como los lentes se pulverizaban contra el piso dejándolo en la total oscuridad condenado a las tinieblas.

La sexualidad no tiene trancas: en los albergues, donde no hay ningún tipo de intimidad para las parejas, la gente ha seguido tirando y en la noche se percibe el concierto de gemidos de sus amores a tientas y que se turnan de extremo a extremo de los dormitorios hasta la llegada del amanecer.

El aire de domingo no se siente en el pueblo, salvo por la ausencia de los helicópteros. Un indígena que trabaja en la Emisora "Radio Eucha" (Buenos Días), sufría de pesadillas por pensar de manera obsesiva en almas y en espantos y desde el día del temblor, en que el pueblo pasó a dormir con angustias, él empezó a dormir muy bien.

Es muy difícil convencer a colonos y a indígenas para que compartan un mismo cambuche. En muchos albergues, la comunidad se ha dividido por veredas. Asomarse al río y caminar sobre el lodo ya más endurecido, produce la misma angustia del tipo que camina con las manos atadas al filo de un precipicio. En Belalcázar, sobre la pared

de la iglesia hay una "pantalla gigante" hecha con dos sábanas blancas enmarcadas con guadua y que dejó de usarse desde que Colombia perdió en el Mundial.

En la zona hay patrullas de ContraGuerrilla, uno de los soldados me cuenta que después de prestar el Servicio Militar Obligatorio y ante la falta de empleo decidió quedarse como soldado profesional, carga una ametralladora M-60 y afirma que "es pesada, cuando uno ya lleva varias horas caminando, uno ya va cansado".

En el parque del pueblo están: las oficinas de Sotracauca y CotransHuila -empresas transportadoras- cuyas oficinas se encuentran cerradas; la iglesia y la prefectura apostólica; algunas droguerías, y, al norte, Telecom, el improvisado hospital y Radio Eucha.

Hoy se marchan los muchachos religiosos de overol oscuro. Entre ellos va ella, Sandra Mendivelso, la bella mujer de cara infantil que al despedirse me dijo:

- Que Dios te bendiga.

Y cuando reparé en la belleza de esa frase, en la fuerza de su fe, en su rostro y otra vez en la frase, ya el helicóptero se elevaba con ella y el viento originado en sus palas me devolvía, mientras observaba como se alejaba hasta volverse un punto, ya sin traqueteo, camino al sur. Buscar un helicóptero con la mirada es buscar muchísimas, demasiadas cosas.

Tantas cosas deben suceder para un "hola" y tantas otras para un "adiós". Se necesita nacer, caminar esta calle, subir por tal escala, estudiar esta cosa, renunciar a otro cielo, como sugiere Borges: toda la complicidad del universo para que dos manos se encuentren. Tantas leyes ocultas nos enmarcan, pero hay tantos errores nuestros. Mejor así, si fuera una máquina perfecta no me llamaría Víctor.

Llegó un Chinook con dos equipos de soldadura: los soldados gringos llaman a la gente para que ayuden a bajarlos, la gente los mira de lejos como si no fuera con ellos, un policía le grita a sus compañeros: "échelos pa' aca". Al fin, lentamente, los habitantes de Belalcázar entran al Chinook.

Otro personaje es el médico Mendivelso que llegó como voluntario, hace extraños diagnósticos y formula tratamientos incoherentes. Pidió un equipo para una episiotomía, la enfermera le dio unas tijeras y él exigió un bisturí (una locura). Después, para ligar un cordón umbilical usó un cordón de zapato y para "asegurar su esterilidad" le echó cuatro cápsulas de ampicilina, un chorro de agua oxigenada, alcohol e Isodine.

Después me pidió que le ayudara para que lo nombraran rural, le pedí los papeles y él replicó que los perdió cruzando la tarabita. Más tarde, Orlando Ortiz me llamó diciéndome que si yo había nombrado a Mendivelso de rural; yo le dije que no. Nos reunimos, analizamos la colección de embarradas del tipo y lo sacamos con policía del pueblo.

Esta tarde Colombia ganó su único partido en el Mundial de fútbol. Ya no hay Coca-Cola en el pueblo. Orlando hizo una encuesta entre los setenta y seis empleados del hospital y solo dos se quieren quedar en el pueblo. Cuando Orlando habla mueve las manos como si fuese un presentador de la televisión. Alguien pregunta que cuál es el gentilicio de los nacidos en Belalcázar y le contestan: "antes aquí había gentilicio, pero se lo llevó la avalancha".

Otro hace el siguiente análisis del Mundial y de las posibilidades de clasificación de Colombia:

- Si Singapur golea a Vietnam, Sudáfrica le empata a Australia y no hay otra avalancha, entonces Colombia clasifica. No falta quien proponga que todas esas pelucas del Pide Valderrama que venden en los semáforos las donen a los damnificados para restregar los tiestos de la cocina.

Una solicitud de La Muralla que dice textualmente: "dicha comunidad pertenece a dicho municipio y por eso embiamos por dicha ayuda"; piden: "aseite, javon, avena quaker, maisena, pasta doria, areparina, leche en polbo...".

LUNES VEINTISIETE

El pueblo amaneció tan nublado que apenas se divisa el cerro de enfrente. En el desayuno en el improvisado restaurante del hospital pedimos pizza hawaiana, pollo a la broaster... total nos daban siempre lo mismo: café y arepas con huevo batido. Si alguien olvidaba lo que iba a decir, le decían: "es que la avalancha se le llevó la memoria, la sonrisa y las palabras". Proponen crear la Selección de Belalcázar para jugar un amistoso con la de Colombia; las cocineras cantan en coro "Estamos contigo Belalcázar".

Por radio, la Cruz Roja pide tapabocas para la gente que ha ido hasta Tóez a enterrar a sus familiares, veinte días después del desastre. Visitamos lo que quedó del hospital, hay gente que se ha estado robando lo que no se llevó la avalancha.

Con tanto médico falso, todos dudan de todo y de todos. Julio César Campuzano, durante el almuerzo, le preguntó a monseñor Jorge: "¿Oiga, usted si es monseñor?"

El balance del transporte aéreo muestra que se han movido 2.500 toneladas, de las cuales el 60 por ciento se hizo por naves extranjeras que a partir de mañana regresan a sus bases. En la reunión del Comité Local con voceros del sistema, se propone transportar y colocar en la zona a personal de la Cruz Roja o Defensa Civil para que realicen los cacareados censos. No entiendo para qué, pregunto yo, si esa tarea la puede hacer la misma comunidad, la incredulidad de las instituciones frente a la comunidad es palpable.

Fabián Arellano, de la Cruz Roja, explica que al Comité Nacional que sesiona en Neiva llegan infinidades de listas de solicitudes, tantas listas como viajeros desde Belalcázar; se acuerda que de ahora en adelante las únicas listas oficiales serán las firmadas por monseñor Jorge y por el médico Ortiz.

Fabián pide al Comité un corte de cuentas sobre suministros, Orlando le explica que es materialmente imposible responder, uno a uno, por mercados y colchonetas y drogas y cobijas recibidas. Fabián reconoce que él mismo aún no ha podido cuadrar las donaciones de la avalancha de Armero que ya lleva nueve años de sucedida. La verdad es que en ese desorden cualquiera se enreda contando dos gallinas amarradas.

Dicen que hay ochocientas toneladas de reserva en Popayán, que el Fondo Nacional de Calamidades ha gastado 2.000 millones de pesos y de ellos la cuarta parte ha sido en mercados comprados al Idema; que en todos los sitios la suma de comprometidos en el evento puede llegar a las 50.000 personas, incluyendo damnificados indirectos; que la Cruz Roja va a meterle una mano a la bodega de Belalcázar para administrarla; son tantas voces y pensamientos cruzados que la reunión apenas puede avanzar a tropiezos y empujones.

Mauricio Bustamante pide que se aclare quién maneja hasta hoy la bodega, que la constancia escrita, que el acta, hasta que se emputa Orlando y él aclara:

- Si no nos vamos a creer no hablemos más, si todo es papeles, yo también pido que usted me de el acta, un certificado por escrito de todo lo que acaba de decir.

Almorzamos con el piloto, Orlando, Campuzano, Mauricio y monseñor. Allí se habló de las angustias de una señora a quien durante la avalancha su hijo le decía: "si se la va a llevar la avalancha, que me lleve a mí también". Un coronel identificó en el aeropuerto de Neiva, entre el tumulto de los evacuados, a un comandante de las FARC, el oficial le dijo, con algo de duda: "yo a ti te conozco", el guerrillero le contestó, sacándolo de dudas: "yo también" para luego refundirse entre el despelote de los damnificados y desaparecer.

De las FARC se confirma que perdieron 18 hombres, que se encontraron dos ametralladoras M60 en los albergues de La Plata, y que no se cree que cometan la torpeza de ametrallar los helicópteros, pues ellos también son damnificados y les interesa la llegada de la remesa.

De los narcos se dice que los maizales sirven para ocultar los cultivos de amapola aun de los helicópteros: se siembra una mata de maíz por dos de amapola; se habla de la "operación hormiga" que consistía en recoger la amapola en motos; de la "operación colmena" que consiste en que cada campesino cultive seis metros cuadrados de droga. Rumbo a Neiva el cielo está lleno de arco iris y a mí ya me duele la cabeza. Al llegar se ven muy pocos helicópteros, es el comienzo del fin de la operación aérea.

Otra reunión en Neiva: se propone que en quince días ya cada alcalde asuma la administración de sus albergues. El coronel de la policía me mira con poca amabilidad, le molestó mucho que le hubiera reclamado por el maltrato de los policías para con los damnificados, al arrojarles donaciones a la montonera.

Ahora, por la Fuerza Aérea asiste un mayor, por la policía un coronel, van bajando los grados y disminuye paulatinamente el volumen. Un funcionario del Instituto Nacional de Bienestar Animal me pide el helicóptero del sector salud para llevar a la zona un viaje de Ladrina.

Diálogos nocturnos al son de una cerveza y un rajaleña: que en el árbol genealógico de todo colombiano hay una puta y un pirata, que en Armero llegaron 5.000 botas izquierdas y nunca aparecieron las derechas, que en Lame llegó un costal de zapatos derechos y los izquierdos llegaron a Taravira, que en el país de ciegos el tuerto es rey, que en las listas, los damnificados piden "jabón para jabonar y presto-barbas".

MARTES VEINTIOCHO

Tanta soledad me está haciendo daño: ya le estoy haciendo ojitos al helicóptero. Los de Médicos del Mundo nos ayudan a empacar los suministros de medicamentos para los Equipos Extramurales en el salón que hace las veces de bodega: les asombra cómo hacemos rendir los poquitos medicamentos para que alcance para todos, es que esto no es España, sino Macondo. Oscar le aclara a otro piloto, desde el aire, que lo que transportamos no es a "Su-ministro" sino "suministro médico".

En Lame murió una señora que se echó Parathión en la piel para la sarna, en Taravira hay dos casos de tuberculosis, una muchacha de 25 años murió por abdomen agudo. Otra paciente es María Hermency Duque, de trece años y con un dolor abdominal de ocho días, no tiene fiebre ni está alterado su ritmo cardiaco, los ruidos intestinales suenan como normales y no me parece grave, hablamos con la mamá, con el médico tradicional y decidimos el tratamiento. En Suin, al bajar, con las palas del helicóptero destejamos una casa (yat, en páez).

Vemos un pueblo marcado "S.O.S.", es Vitoncó, está destruido; la información oficial decía que nadie habitaba allí, pero la verdad es que hay por lo menos trescientas personas. El panorama es aterrador, la iglesia llena de grietas, los caminos resquebrajados, la escuela derrumbada. Salimos de prisa hacia Belalcázar y cargamos veinte mercados para Vitoncó.

No faltó quien afirmara que llevar mercado allí era impulsar que volvieran a habitar una zona de alto riesgo, que era preferible no

llevarles nada para que evacuen. Muy solidario el piloto Oscar. Nos burlamos de las posturas burocráticas, faltaba que pidieran un censo autenticado en la notaría más cercana para ahí sí llevarles ayuda. Los censos en los desastres son como las leyes para el país (aquí no lo matan a uno con tiros, sino con decretos, decía García Márquez): cambian todos los días y nadie los tiene en cuenta.

Cuando salga de esto espero tener memoria para tanta joda y el día del juicio final voy a alegar demencia. Vamos a Ricaurte, antiguamente se llamaba Chitoque y era una zona de veraneo de los indígenas, su iglesia es de piedra y su gente de ternura.

Me regalaron pan casero, como el que hace mamá en Bogotá. Vamos a San Luis y allí nos dicen que el médico está en La Ceja, en La Ceja que está en El Colorado y en Colorado que volvió a San Luis; estos andan ya sin miedos y de vereda en vereda.

De regreso a Belalcázar, nos encontramos con la "avanzada" del presidente Gaviria, que mañana viene. Con el piloto Oscar nos reíamos de todo y le sacábamos chiste para sobrevivirle a la fatiga.

En la reunión con la Comisión Presidencial proponen requisar a la entrada de la iglesia, pero monseñor se opone. Vendrán el presidente, la primera dama, los ministros de Gobierno y Medio Ambiente, Mauricio Puerta, Gustavo de Roux, Horacio Serpa, la antropóloga Gloria Acevedo, Guillermo Gaviria del Instituto Nacional de Vías, Gustavo Wilches, dos gobernadores indígenas, Orlando Ortiz, un capitán de la policía, tres generales, y el delegado del Ministerio de Salud.

En la comida confundí a un grupo de protestantes con los padres vicentinos y me corrigieron:

-Vicentinos no, ellos más bien son Bizantinos.

Conocemos a Homero, uno de los padres vicentinos, él afirma que los más espirituales de los indígenas son, precisamente, los médicos tradicionales. Homero llegó este viernes desde Roma, donde estaba estudiando, para ayudar en el desastre. Nos comentó de los treinta y tantos sonidos vocálicos de la lengua páez, que para ellos Vitoncó traduce "chambuala" o centro del mundo (para los tibetanos

el centro del mundo es el chambala) y que en este tiempo nadie fue a la laguna de Juan Tama a hacer los ritos de purificación de los cabildos y ahí se originó el castigo de la avalancha.

Los protestantes niegan y apabullan a los médicos tradicionales. Uno de los Te'wala me enseñó que la enfermedad (we, en páez) del arco se caracteriza por alteraciones en la piel, ronchas y vesículas; la del duende por dolores, hinchazones y escalofríos; y que la enfermedad del cacique se relaciona con el mundo de los antepasados. Ellos dividen las enfermedades en propias y venideras, estas últimas son las que le trae el blanco. Según los paeces, la tierra va a tardar entre ocho y diez años en sanarse.

Los Te'walas (los médicos tradicionales paeces) leen las nubes y el viento, leen lo que dejan dicho los animales cuando cruzan en la noche, limpian el cuerpo, ponen a los individuos en armonía con la naturaleza, algunos dicen que antes del desastre vieron a las vacas (klá, en lengua páez) mugiendo de rodillas.

En Taravira el único que consultó al psiquiatra fue el pastor evangélico. En La Muralla hay dos Juntas de Acción Comunal y dos escuelas: diferencias religiosas dividieron al pueblo. Para el padre Samuel "el que discrimina al otro por su religión, no merece pertenecer a ninguna religión".

Hace muchos años nació un niño que al ser amamantado por su madre, esta murió. Probaron en su alimentación mujeres de tres generaciones que también murieron. Ese niño fue Juan Tama, el creador del pueblo páez. Él enseñó tres cosas a los paeces: primero, que los paeces son los únicos dueños de su tierra; segundo, los paeces no deben mezclar sus sangre (é, en páez) con otros pueblos; y tercero, los paeces nunca serán vencidos.

El siete de agosto de 1986, mientras en Bogotá se producía la posesión del presidente Barco, Carlos Pizarro y un grupo del M19 se tomaron a Belalcázar; después se la tomarían varias veces otras organizaciones guerrilleras, la última vez en diciembre pasado y, dicen, que la próxima la planeaba las FARC en la cumbre guerrillera de Irlanda que transcurría el mismo día de la avalancha.

Otro tema de controversia es la presencia de Mauricio Puerta en la Corporación de Reconstrucción Nasa Kiwe. Este, dicen, se inició como gUAQUERO y buscador de tesoros en Tierradentro y de sus hallazgos nunca rindió cuentas, él le lee la carta astral a los presidentes de la República y es un furibundo combatiente contra la religión.

En las calles de Belalcázar, todavía se recuerda y se habla del Padre Alvaro Ulcué Chocué, de la intromisión del Instituto Lingüístico de Verano en la zona, y de los tres misterios de la iglesia: primero, ¿qué piensan realmente los jesuitas? segundo, ¿cuál es la pobreza de los franciscanos? y tercero, ¿cuánta plata tienen los salesianos?

MIÉRCOLES VEINTINUEVE

Me despierto a las seis y cuarenta y cinco de la mañana, está temblando. En la cama de al lado duerme el teniente Martínez de la policía que también se despertó por el sismo.

Hoy viene Gaviria, ya empezaron a llegar helicópteros, el ejército se distribuyó en la plaza principal, Gaviria llega, veo a Serpa, a Carlos Iván, a Gustavo, a Fabio Villegas. Todos vamos al segundo piso de la prefectura apostólica. Allí, una vez acomodados, Omar Darío dio un informe de lo sucedido: cuatrocientos kilómetros cuadrados afectados, nueve municipios del Cauca y seis del Huila, 24.591 personas, 24 albergues con un total de 7.515 personas, un gasto por 1.927 millones de pesos, en 22 días se han movido 1.492 toneladas.

Luego, bajamos a la iglesia. Allí era la reunión con todo el pueblo. Gaviria fue aplaudido al entrar, caminaba cojeando y apoyado en el bastón. Cantamos el Himno Nacional, destemplados, como en la izada de bandera de una escuela primaria.

El primero en hablar es monseñor Jorge, al referirse al sector salud dice que son "héroes en el trabajo que han cumplido hasta este momento" y reclamó a favor del pluralismo en la toma de decisiones:

-Las gentes quieren ser protagonistas y no meros observadores -y continuó- Tierradentro, señor presidente, no será inferior a su destino.

El inventario que hizo de las ayudas llegadas fue preocupante: el 90 por ciento de la ropa es inservible; y de lo solicitado solo ha llegado

en útiles de alcoba 25 por ciento, de aseo 20 por ciento, de enseres 0 por ciento, de maquinaria 0 por ciento, de cultivos 0 y de ganadería 0 por ciento. La queja más sentida es que en el plan desarrollado desde Neiva no se tuvo en cuenta la voz de las comunidades afectadas.

Siguieron otras intervenciones. Cuando alguien planteó que no usaran más los helicópteros para transportar periodistas, sino comida, estallaron los aplausos (cuando la policía trataba de controlar el ingreso de periodistas a los helicópteros, éstos le recordaban la muerte de una menor en sus instalaciones meses antes, en una especie de chantaje y presión). A cada momento era mayor el calor en el recinto.

Posteriormente, los aplausos se intercalaron con risas cuando mencionaron las ayudas con zapatos de tacón alto y la llegada de rastrillos, ideales para recoger hojas de otoño en Suiza, pero totalmente desconocidos para los paeces.

El gobernador del cabildo indígena de Belalcázar dijo: "tenemos que poner los muertos para luego ser mirados". James Yiasnoc, de las juntas de Acción Comunal, pidió "participación efectiva en la toma de decisiones".

Pacho Truchas, como se conoce a Francisco Quintero, uno de los oradores, dijo:

-Primero, queremos la verdad y solola verdad de la situación física de páez.

Con eso comenzó. A cada punto que trataba, le seguían las risas o los aplausos. Pidió que se le pagaran a la gente los jornales correspondientes por la hechura de puentes y tarabitas, dijo que los maestros han emigrado, que hace más de dos años se inició la construcción de la planta de tratamiento y no se ha terminado, y que "por favor no contribuya con la avalancha para acabar con el pueblo páez". Y terminó así:

-En este montón de ladrillos que nos ha quedado, hemos sembrado un tallo de rosa y estamos dispuestos a hacerlo florecer.

Cuando le tomaron el juramento a Gustavo Wilches como director de la Corporación de Reconstrucción, dijo:

-Juro ante el Dios de los cristianos y de todos los dioses de esta región...

Terminó diciendo: "en Cali se construyó el Multicentro y en Bogotá Unicentro, que al pueblo del Cauca por lo menos le permitan ser el epicentro".

Habló luego Gaviria. Dijo que "la nueva Constitución inauguró una nueva etapa: el reconocimiento de la diversidad". Una asistente se desmayó y tuvieron que sacarla de la iglesia. Continuó diciendo: "la Corporación es un espacio de concertación", a todo dijo que sí, que se comprometía. En todo su discurso no dijo ni una sola vez su famoso "ciertamente". En la pared una cartulina rezaba: "Presidente: ¿se necesitaba de esta catástrofe para que el pueblo páez tuviera por primera vez su visita?".

La siguiente reunión fue de nuevo en el segundo piso, en la biblioteca. Sobre un muro duermen recostados cientos de años de historia de religión y teología en forma de libros: el *Theologiae Moralis Compendium*, la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino, el *Oportet Illum Regnare*, textos de catequesis, libros sobre liturgia, la colección *Verbum Vitae* y las obras de Dante y de Menéndez y Pelayo.

Estos libros y los veintisiete asistentes previstos, más otros colados, oyeron el monto del presupuesto de la Corporación: \$ 8.000 millones de pesos, que la verdad no son nada. En la próxima reunión de la Corporación se trabajará sobre dos temas: el cronograma de actividades y la situación de los albergues, y el estudio de tierras a adquirir. La propuesta es que la Corporación sea una minga de ideas.

Escuchaban e intercambiaban miradas Francisco de Roux, Jesús Piñacué y Mauricio Puerta, este último con sus gafas de troskista y su barba breve. Monseñor expresó su preocupación a favor de la representación de negros y mestizos en la Corporación. El aire es denso, afuera los médicos de los Equipos Extramurales siguen su labor. Me mamé de oír discursos y me salí un rato a escuchar cómo los árboles permanecen iguales a pesar de la bulla de los hombres.

Repaso el caso de María Hermency Duque, una niña con enfermedad del duende, un corazón de trece años que yo examiné el

martes, una niña que vi estable y con un dolor abdominal similar al de sus compañeritos con parásitos; no la remití en ese momento porque, bueno, no había cupo en el helicóptero, porque no la pensé tan grave, porque su abdomen era blando, creí que resistiría sin problemas hasta el viernes; dialogamos con el interno, la promotora, la mamá y el Te'wala, pero la niña falleció a las veinticuatro horas.

A los dos días siguientes de la noticia todo para mí fue frustración: no pude, me quedó grande, así de sencillo, de nada servirían las disculpas, no tanto hacia los demás como hacia mí mismo, mis seis años de carrera quedaron reducidos a un frágil orgullo que no me permitía sobrevivir a mí, ni a ella tampoco, a la realidad de la muerte. (Días después, en Bogotá, Orlando Martínez me preguntó: “¿se hubiese salvado al remitirla? ¿la medicina occidental sabe de duendes y de almas?” Pero yo no quise responder).

JUEVES TREINTA

Anoche me tomé una cerveza en páez, con un cura muy joven y amigable que resultó ser el gerente general de la Corporación Minuto de Dios: Camilo Bernal. Luego, me compartieron un chisme, que en la zona había dos helicópteros iguales, igual modelo, igual pintura e igual matrícula, pero dedicados a otros oficios, mientras uno aparecía cumpliendo tareas privadas o tanqueando en los aeropuertos, el otro sacaba amapola de la zona, ¡vaya Dios a saber si es cierto!

Un viejito en Cohetando se cansó de ver el desfile de helicópteros y decidió que él no se iba a morir sin montar en esa vaina y por eso se encaramó en el primer descuido junto con su perro (alku, en páez) y fue a Belalcázar y regresó. Algunos pilotos dejaban botados en la mitad del camino y a la orilla del río, sobre el lodo que arrastró la avalancha, a los que se aventuran a pasear en las naves. Lo que no entiendo es ¿porqué no puede pasear un damnificado y sí una reina de belleza?

Cuentan que cuando llegó el auge de la coca y la plata a los indígenas, uno de ellos mandó enchapar en baldosas azules toda su casa, otros compraron neveras, pero como no hay red eléctrica en la zona rural, las usaban como armarios.

Entre paciente y paciente elogiamos lo que han significado los helicópteros en el desastre. Hoy todo transcurrió más en calma y cada día todo más bajo control, van más cajas de medicamentos para la zona y hay más racionalización en las medidas de saneamiento. En

el aeropuerto de Neiva nos encontramos nuevamente con Gustavo Wilches quien afirma que en últimas la rehabilitación se trata de reconciliarse con la tierra y que no se puede medir los resultados por metros de carretera.

Algunas mujeres con su belleza y su ropa vaporosa nos desconcentran de la conversación que siguió entre la postura de agite que habíamos heredado de los primeros días y mecanizado para lo que giraba en torno al desastre. Manuel, a propósito de las mujeres, afirmó que "las opitas son muy buenas esposas, pero duran...".

Nos despedimos de Gustavo para luego enterarnos que nos quedamos sin helicóptero porque en él se llevaron al señor de la cafetería del aeropuerto a que diera una vueltecita. A pesar del acuerdo hecho con Mauricio, este nos quitó el helicóptero. Fuimos con Jaime hasta Betania y hablamos con el administrador del complejo turístico Santa Helena quien nos explicó que había perdido hasta la fecha un aproximado de 45 millones de pesos. El Inderena ha hecho todo un lío sobre la actual contaminación, parece que descubrieron el agua tibia: el río Magdalena está contaminado. Lo cierto es que hay una gran contaminación con bacterias procedente de los cadáveres.

En la tarde regresé a Santafé de Bogotá, las noticias a las que ya me había desacostumbrado me recibieron: la misma violencia irracional y cada uno arrastrando en las calles de la capital su nostalgia, su angustia vital, su sed de afecto. Desde la oficina del Ministerio seguíamos trabajando como si estuviéramos en la zona: cuadramos, entre otras cosas, un helicóptero para evacuar una mujer de veinticuatro años con dolor abdominal intenso que estaba en el resguardo de Togoima.

LUNES FESTIVO CUATRO

Anoche regresé a La Plata por tierra, pues hasta allí no hay transporte aéreo. En el bus iba de todo como en las fiestas de pueblo: los novios, los borrachos, los colados, los groseros y el payaso. Me entero que el jueves pasado abalearon un helicóptero de la policía en su paso por el cañón del páez, sin lograr derribarlo. En La Plata el carrotanque del Ministerio de Salud sigue dotando de agua a los siete albergues.

A Michele, una francesa de ojos verdes con los que cautivó todo el sur del Huila, le robaron las maletas de su carro estacionado frente al restaurante Las Vegas. Quedó hecha una damnificada, pero no se le pudo ayudar, pues ella es bastante grande y entre las donaciones no habían camisetas extra-large. Ella trabaja con la Cruz Roja Francesa junto con Philipe, han traído setenta carpas y varias plantas de agua potable.

En el albergue de Caloto, en La Plata, hay demasiado hacinamiento. Michele se queja de que aquí la gente se enferma y todos lo explican con un "son problemas culturales". Los de Caloto, sin embargo, no quieren abandonar la escuela a pesar del hacinamiento porque para ellos tener ocupada la edificación es una medida de presión.

Los médicos internos, de los Equipos Extramurales, están emputados conmigo, Mauricio volvió a dejarnos sin helicóptero. Los desastres en la práctica siguen siendo mirados como un problema de orden público a los que se responde con un operativo militar dentro del cual no caben otras consideraciones. Luego, la salud, la dignidad,

la cultura, parecen no tener cabida. En Bogotá en las reuniones todo es protocolo y diplomacia y en los escritorios todo es bonito y funcional, aquí el poder es el poder y el resto es mierda.

Ahora a la mayor Torrado le dio por sostener que los de salud andábamos de paseo, le contesté, al igual que a Mauricio, que me indicara un solo viaje donde no hubiésemos movido médicos o pacientes o drogas, mientras yo sí podría citar los viajes de turismo que inundaron el páez.

Otra comisión, un viceministro en compañía de Regina Once (cuando acabe todo esto quisiera saber en concreto para qué sirvió tanta visita). La mentalista dijo: "esa ropa que trajeron no es de segunda ni de tercera, se la voy a meter por el culo a todos". Todo el mundo habla a nombre de la comunidad. El único puente que quedó intacto fue el puente de este fin de semana. Cuentan que un niño cuando vio la avalancha se devolvió a su casa y rescató a sus tres hermanitos, el día siguiente se reencontraron con su padre en Guaquiyó.

El comité local recibió al vice y a los otros miembros de la comisión, el comité pidió lo mismo y la comisión (como las anteriores) respondieron lo mismo: que sí, que cómo no, que por supuesto. Chepe, el dirigente comunal de Belalcázar, calcula 1.500 viviendas desaparecidas; los datos de la Oficina Nacional de Desastres siguen siendo cuestionados por su lejanía con la realidad. Orlando Ortiz insiste en que se debe incorporar aún más el concepto de riesgo a la toma de decisiones, Gustavo Wilches le replicó que si nos señimos demasiado a ese concepto tocaría bajar la carretera a reconstruir hasta la Patagonia y voltear por China para evadir las zonas de riesgo.

Algunos piden identificar los "no damnificados" (sobra decir que ni siquiera es claro quienes son los damnificados). Vuelve la discusión de damnificados tipo 1A, 1B, 2A, pero ¿qué es un damnificado? ¿hay necesariamente que perder la casa para serlo? ¿A partir de cuántos familiares muertos somos tipo A o tipo B? Un delegado denuncia la falta de atención a las comunidades negras ...y tiene razón, todo se explica en el indigenismo que nos puebla. Es muy vacano ver cómo los dirigentes de las comunidades se van apropiando de la toma de decisiones. La realidad es que hay tres páez: la de verdad, que vive

sus angustias independiente de lo que se diga en Bogotá o de lo que se escriba; la que se ve desde Neiva y La Plata, desfigurada y reducida al desastre; y la que el país ya idealizó, archivó y empezó a olvidar.

Llegó una donación de 148 carretillas, pero se perdieron los tornillos. Hay damnificados itinerantes que van de albergue en albergue diciendo que no han recibido nada y pidiendo de nuevo todo. Para Ernesto Sábato, nada hay más educador que la desdicha, y aquí esta abunda, pero contrario a Sábato parece que no educa, sino que resigna.

MARTES CINCO

El día se inició triste y los helicópteros todavía no llegan. Por los radios de comunicación solo se capta un canto gregoriano ininteligible, una entrecortada canción de oriente; llueve: es decir, hay ausencia de vuelos, falla en las comunicaciones y aire de nostalgia. Un médico interno llegó a pie hasta Belalcázar y me cuenta que en el resguardo al que está asignado la gente habla de que se acercan "tres días y tres noches sin sol". Definitivamente, el refranero popular tiene razón: "cuando los pobres sacan la ropa al sol, llueve".

Hablamos con Pacho Rossi (el esposo de María Inés) sobre todo lo posible para matar el tedio, y me deja en la memoria una frase heredada de su escuela de salud pública en Medellín: "los epidemiólogos son seres capaces de comprobar estadísticamente lo que ya todo el mundo tiene claro".

Siguen los rumores, esta vez de represamientos sobre el río Calderitas, parece que es sobre el río Símbola, no que fue en Guanacas, que un derrumbe grandísimo en Guadualejo, combates entre el ejército y la guerrilla cerca de Inzá, que hay 1.600 personas reubicadas nuevamente en Vitoncó.

Esta vez la causa de no tener aeronave fue la visita de otra de las tantas comisiones del Gobierno nacional; sin embargo, logro viajar a La Plata a explicarle al coronel Mora que la versión de gente en Vitoncó es cierta, que yo el 28 vi muchas, tal vez trescientas y el padre Homero confirmó que sigue llegando más y más gente. Pero el coronel Mora

me hace el siguiente análisis (palabras más, palabras menos): "Vea, doctor, según Ingeominas, Vitoncó es zona de alto riesgo y como es zona de alto riesgo nadie la puede habitar, si nadie la puede habitar no está habitada, conclusión: a qué llevar alimentos a una zona que no está habitada".

En Taravira la situación continúa crítica y a pesar de las ayudas parece que las condiciones no tienden a mejorar. El médico me cuenta que desde el atardecer hasta entrada la noche se turnan las cuatro diferentes congregaciones religiosas que hay, a cantar, ya no se puede dormir sin sus cantos. Lo cierto es que las iglesias los han desunido y los han hundido en un sopor de desesperanza marcado. Los indígenas se cansaron de consultar a los psiquiatras porque estos "preguntan mucho".

Los problemas y las discusiones sobre la tenencia de la tierra siguen ganado fuerza: el CRIC se compromete a abastecer de ayudas los sitios a los que no puede llegar, su afán es de protagonismo para asegurar la representatividad de las comunidades indígenas. Otro problema es la apertura de vías y la sacada de las cosechas, máxime cuando no podría consumirse toda la producción localmente. No hay sal. Algunos representantes de la comunidad quieren proponerle al sistema que colabore en el establecimiento de un sistema de trueque para resolver el mercadeo de la cosecha.

Desde el comienzo del sismo, Tony, el suizo, determinó el cable que debía comprarse para la fabricación de tarabitas, pero el sistema no le paró bolas y compró cable de una pulgada que ahora toca devolver ¡qué eficacia!

Todavía algunos del sistema no entienden que se sigue necesitando transporte para el sector salud, pues, piensan ellos, que si ya pasó el impacto y el movimiento de los heridos ¿para qué más médicos? parecen no entender que el compromiso debe ir más allá de la caridad inmediata. Entonces, los oficiales quieren que les pasemos solicitudes de vuelo punto por punto, con número exacto de pacientes a transportar... me mamá, ya no más, les digo: "necesitamos transporte el próximo viernes a las diez y treinta para remitir a un niño que va a convulsionar a las diez y diez, y luego a las dos y treinta para una

señora que le va a dar por empezar a parir de afán como al medio día".

Van pasando los días, la alegría y el empuje de los primeros momentos se torna en rutina, el heroísmo cede para darle paso al aburrimiento. Algunos albergados de La Plata se quitan la ropa sucia y, con tal de no lavarla, la arrojan al río. Es difícil hablar bien de todos; cuando no son los errores de unos o de otros, son los nuestros.

Ya da pereza hasta escribir, hasta pensar. Se me olvida a ratos Bogotá y el mundo se me reduce (¡qué alivio!) al paisaje que veo por la ventana de la prefectura en el atardecer: el silencio de unos pocos plantíos, el desorden de papeles sobre el desastre, las casas acomodadas a la colina y los golpes suaves de María Inés en la puerta de mi cuarto.

MIÉRCOLES SEIS

En el desayuno, la odontóloga de Belalcázar nos cuenta que dejó su ropa encima de unas cajas y al regresar de hacer unas diligencias en el hospital la habían regalado confundiéndola con donaciones. Son las diez de la mañana y otro día sin helicóptero. Voy hasta la policía y a través de sus equipos de radio me comunico con La Plata para que envíen el helicóptero.

Pacho me advierte: "si lo mandan, se tiran la frustración". Pero nada, llamo a Bogotá y hablo con Marco (del Ministerio), le digo que va a tocar retirar los Equipos Extramurales... llevan nueve días sin apoyo. Recuerdo a Fernando del Paso cuando envió un grupo con una carta que decía: "ahí le mando unos voluntarios encadenados". Todos esperan que uno haga milagros y la vara mágica la tienen otros. El tiempo pasa volando, será lo único que pasa volando.

Un epidemiólogo desde su cómodo sillón en Popayán (sin duda tomando tinto y con el computador desocupado) le pide a Orlando Ortiz que enviemos informes diarios de la consulta de los Equipos. Por fin, al medio día apareció un Iracoise para nosotros: vamos a La Muralla, Suin, Togoima; en Lame, Juancho nos da una muestra de sangre para una prueba de embarazo, en Cohetando Germán hace señas con un espejo...

Regresamos a tanquear a La Plata y encuentro a Mauricio "puto por mi jodedera", discutimos hasta los madrazos. Luego un mayor de

la Fuerza Aérea dijo que quién había llamado a Bogotá para exigir helicópteros, que le iba a costar el puesto. Le expliqué que mi puesto no se lo pelearía nadie y que si me echaban en el fondo me harían un gran favor al sacarme. Duele que en el comité lo que se gana en confianza, se pierde en respeto y autonomía.

Cambiamos de helicóptero, no fue posible tanquear porque el carrotanque con la gasolina está pinchado en una de las calles del pueblo. Volamos a Riochiquito y pasamos la noche en La Plata.

Hay personas con las que construimos la atención, otras las que en Bogotá posibilitaban o impedían cosas, y otras igual de valiosas, pero con las que compartimos tan solo un saludo. Uno de estos fue el coronel Pedraza con su aire de gentileza nata, las secretarias de mi oficina: Alicia, Alba y Piedad. El general Pineda y el buen grado de organización que puso al transporte aéreo; Tony, el suizo, que construye tarabitas y puentes sobre el río Páez; Luz Dary, la empleada del Hospital que tenía en su poder 10 millones de pesos y los devolvió al día siguiente de la avalancha.

El médico interno Germán González que trató a la comunidad como a una mierda (fue el único) y que, antes de salir el segundo grupo de internos a la zona, llamó a varios de ellos para pedirles que se arrepintieran. Jesús Piñacué que afirmó en la Universidad del Cauca que "jamás se había visto a un páez llorando, ahora los hemos visto llorar".

María Inés Sarmiento que paseaba en las reuniones una lista pequeña con los grados militares que consultaba cada vez que iba a saludar a un tipo en camuflado y luego de mirarle el hombro y consultar la lista decirle: "buenos días, mayor". Demasiados nombres, demasiados esfuerzos bellos y nobles para que las cosas funcionaran.

JUEVES SIETE

Entre ayer y hoy reunimos a siete de los Equipos Extramurales en Belalcázar y ¡qué balance tan positivo! ¡cuánto maduraron estos muchachos en tan poco tiempo! Todos tienen historias diferentes y variadas, hasta contradictorias. Algunos empezaron a renunciar a sus sueños de ser cirujanos y quieren ser salubristas. Ellos son los héroes a los que se refería sin duda monseñor Jorge en su discurso frente a Gaviria.

Con ellos llegan, a través de sus bocas o de otros, historias de las veredas que están atendiendo. Dicen que en Tálaga, el seis de junio, una Toyota que transportaba tres narcos y a sus guardaespaldas, fue arrastrada por la avalancha. Los habitantes de Taravira piden parabólica (aunque no tengan televisor).

En Tálaga cuando les ofrecieron semillas a los indígenas, uno de ellos contestó: "sí, pero de amapola". En El Rodeo, los hombres no aceptan que las mujeres usen DIU (dispositivo intrauterino) porque "entonces nos ponen los cuernos". En Tierrablanca hasta la virgen está hacinada: tiene su altar en uno de los cambuches. A Lame llegaron pares de zapatos derechos y Juancho explica que "aunque el blanco no lo crea, los paeces tienen dos pies".

En la misa de la noche, Germán García Izasa (hermano de Jorge, de Samuel y miembro de la "Oligarcía") habló de la ciencia y del amor, dijo que un ejemplo de amor sin ciencia era juntar en las iglesias a todos a rezar contra las epidemias de peste del medioevo y terminaban

diseminando la peste en las misas, y un ejemplo de ciencia sin amor fue la creación de la bomba atómica.

Monseñor Germán habla y habla, recrea el país, refresca el paisaje de la tragedia y cita tantos paisajes que parece más una procesión de costumbrismos, en uno de ellos dice que "el que está de malas, se le parten los dientes comiendo natilla". En la mesa de la comida nos cuentan que iban a mandar setenta lechonas para Belalcázar el día de San Pedro.

Fue hoy, aunque lloré como ningún otro, el día menos triste, mejor dicho: el más feliz; me acosté en paz con todos los seres del desastre.

VIERNES OCHO

Anoche, antes de dormirme sentí una letanía itinerante, una procesión tímida que cruzaba como en puntillas frente a las puertas de los cuartos de la Prefectura Apostólica. Era la lluvia (nús, en páez), que en su caída imitaba un rezo del medioevo, una súplica murmurante, rápida y menuda que me sirvió para hundirme en el sueño rogando a Dios por los anhelos y las tareas de mañana.

Me despierto escuchando por Radio Eucha a monseñor: dice que la tierra es como un caballo chúcaro, sin amansar, que corcovea porque hasta ahora se está acomodando a que lo monten los hombres. Ruby y Juancho (la pareja del desastre, ambos internos y novios, separados en resguardos diferentes) ríen; les sugerimos que el primer hijo se llame Tálaga Benavides, si se llamase Helicóptero Benavides nunca llegaría.

En la tarde reubicamos a los médicos; al entrar a Vitoncó, desde el aire, se veía su iglesia destruida y sus casas en el suelo. Ahí dejamos a monseñor (Germán, no Jorge), no le cabía la tristeza en el rostro. Los religiosos vicentinos trabajan muy cristianamente pegados a la comunidad.

Para algunos de la comunidad somos "los malos" porque nos trasteamos sus médicos. El piloto nos pide que vayamos a almorzar pues "los únicos que trabajan con filo son los machetes". Hay dos mujeres en trabajo de parto en la Mesa de Avirama para sacar en el helicóptero. En las Delicias dicen que hay un terremoto igual "programado" para el 27 de julio.

Con la joda de Mauricio y los censos, con el afán de fiscalizar las donaciones, con la angustia de los registros, salen cuentos de números como el de la niña que al preguntarle cuántas veces estaba 8 en 15, ella contestó: "dos veces, pero apretaditas". La realidad no tiene números.

Tres funcionarios de Ingeominas se quedaron en Belalcázar porque los dejó el helicóptero. Esa noche en el comité local, frente a la comunidad, dijeron que se habían quedado para adelantar "unos estudios".

Vuelve la historia de otros días sin helicóptero y quiero botar todo, pienso en este momento que más allá de la bulla las cosas estamos igual al primer día, todo son simples paños de agua tibia, no aliviarnos, ni siquiera maquillamos tanta mierda sazónada con tanta burocracia.

Qué torpes los de Ingeominas, le piden a la comunidad que no tengan pánico, que ellos no pueden comprometerse a decir qué zonas son o no de alto riesgo, que los estudios se demoran, pero que no tengan pánico.

Ha pasado más de un mes y ninguno de los reportes de Ingeominas ha llegado de manera oficial a la alcaldía de Belalcázar. Piden un oficio de la comunidad dirigido a Ingeominas explicando cuál es el terreno sobre el que se pide el diagnóstico, yo sugiero pedir de Riochiquito a Taravira y de Vitoncó a Ricaurte ¡y ya!

Terminan los de Ingeominas diciendo que "pasen a la oficina de Popayán, que con mucho gusto los atenderemos"; estaban totalmente asustados. Un miembro de la comunidad les contesta: "ustedes no dan conceptos por temor y son geólogos y no viven acá, llevan diez informes y no hablan ¿cómo quieren que nosotros no tengamos miedo?".

Otro mierdero es el de los muertos en los albergues de La Plata. Murieron porque no quisieron consultar. Pero ¿están obligados a confiar en nosotros cuando en 500 años no han visto sino agresión del blanco? ¿se enfermaron por sus tradiciones o por las bajas medidas ambientales de los albergues y sus precarias condiciones de salud previas al desastre? Si la salud no es un problema de medicamentos, la muerte no puede ser simplemente la ausencia de consulta.

Ante esa realidad el sistema optó por pedir a la Defensa Civil que revise todos los días "hasta debajo de las cobijas" buscando niños enfermos ¡qué horror! Lo sacan de la tierra, lo embuten en un albergue y lo rondan para que no se enfermen. ¿Qué dirían los socorristas si un buen día llegan a su casa en Bogotá un Te'wala a revolverles las cobijas buscando la enfermedad del duende?

Esta noche (kus, en páez) hablé conmigo mismo hasta la una de la mañana, a las dos me dormí después de colocar mi alma tranquila en la silla cercana a la cama, mientras mi cuerpo cansado se hundía tras los recuerdos.

SÁBADO NUEVE

Hoy me levanté, por primera vez en un mes, a las diez de la mañana. El pueblo estaba frío, sin embargo, tímidamente se abrían los negocios y las tiendas, los sábados y martes son los días de mercado.

Creí que ese día, aparte del billar y el helipuerto, sería un día aburrido dedicado a cositeras tareas de listas de medicamentos, medidas ambientales de los albergues, lista de enfermos, petición de vuelos de helicóptero, interrumpidas por las comidas y las charlas de esquina.

En el seminario indígena, hoy destruido, acostumbraban a dramatizar los mitos paeces como la cueva de los enanos, el tesoro de Tumbichucue, la leyenda de Juan Tama, el matrimonio páez, las ceremonias de limpieza de los médicos y las mingas. En el páez hasta los plátanos son raros.

A las diez y quince minutos, me llamaron por el "jandi", que un doctor mono había llegado desde el Huila: era Mauricio Bustamante que esperaba a los del comité del desastre en la alcaldía. En la reunión estábamos con Mauricio, Misael, el afable mayor de la policía, el coronel Mora, María Inés, el alcalde, el médico Enrique, dos de Ingeominas, algunos miembros de la comunidad y yo.

Timbró el teléfono en la alcaldía y todos pusimos cara de hombres prehistóricos que por primera vez oyeran ese aparato, hacía más de un mes que no sonaba.

Las discusiones geológicas, como las de los médicos, se pierden entre especulaciones de especialistas en las que se repiten términos como fallas geológicas, epicentro, alta pendiente y placas tectónicas.

El coronel Mora sigue impecable, camina erguido y es parco. A veces al hablar es irónico y prepotente, para mí es la burocracia en camuflado. Mauricio afirmó que le había entregado trescientas carpas a salud y ahí me emputé y le aclaré en público que nos habían dado veinticuatro. El coronel Mora dijo que esas aclaraciones eran puro protagonismo. Discutimos por todo y por nada, al final se fue Mauricio con su coronel.

Mauricio prometió hace algunos días a los ubicados en Vitoncó que les iba a dotar con carpas y, por eso, debían acabar de tumbar los muros y las ruinas que todavía estaban de pie. Las gentes tumbaron todo, esperaron los tres días, llegaron a ocho días y las carpas nunca las vieron, mientras seguían durmiendo en condiciones más miserables pues destruyeron las pocas ruinas que todavía les eran útiles.

En Escalereta se llegaron a concentrar más de 3.500 personas y al final quedan menos de doscientas para luego disolverse en otros caseríos y que Escalereta vuelva a ser lo que era antes del desastre y antes de que un brillante decidiera montar allí un albergue: un peladero. Antes de irse los último pobladores de Escalereta hacia Miraflores cortaron las mangueras y las arrancaron y se llevaron las letrinas que, además, nunca llegaron a Miraflores.

Los de Vitoncó mandaron una carta pidiendo una máquina de escribir y no se la aceptaron porque no iba escrita en máquina. Un delegado de la Presidencia le dijo a los líderes que Ricaurte no existía porque no aparecía en los mapas, solo lo creyó cuando puso sus pies en el pueblo. En la noche, las pocas cantinas reabrieron sus puertas. A eso de las diez de la noche se armó una trifulca: los madrazos, las amenazas y las botellas despicadas.

Creo que soy muy duro con los cuerpos de socorro, en últimas el valor de la ternura de la Defensa Civil con los damnificados de La Plata, la administración de bodegas de suministros por parte de la Cruz Roja y la coordinación de albergues por parte de ambas instituciones, no tiene número.

Falta solo que suceda una Semana Santa y un Año Nuevo para convencerme por completo de que ya ha pasado un año. Camino con María Inés, ella sostiene que hay algo peor que ver partidos de fútbol: oírlos. Pensamos que somos niños jugando a los desastres (aunque todos lo neguemos).

DOMINGO DIEZ

Hoy regreso a mi oficina en Santafé de Bogotá; atrás van quedando los cambuches de los damnificados hechos con plástico negro y estacas de madera, atrás el improvisado hospital que reemplazó al que se fue con la avalancha, atrás el traqueteo incesante de las palas de los helicópteros que anunciaban siempre una esperanza, atrás el río Páez y sus historias de aguas azules y mansas a los pies del pueblo, atrás la algarabía de las reuniones en las que el que no era militar era doctor, atrás las historias de Juan Tama, atrás el cementerio con sus tumbas violadas por el lodo, atrás el sueño de las tarabitas y sus ganchos de hierro, atrás las iglesias construidas y destruidas por las trampas del tiempo y las creencias, atrás la sombra de la muerte y la risa de resistencia y terquedad con que se enmarcó otra batalla entre la naturaleza y los hombres. Ya nada es como antes.

Mañana regresaré a los informes y a los libros, el martes Mauricio Bustamante presidirá una reunión entre el Comité de Emergencias de Belalcázar y el Comando Operativo Nacional, el quince de julio Ingeominas dará su informe final sobre las grietas, las pendientes y los encabritamientos de la tierra, a final del mes cambiaremos los médicos internos de la Universidad Nacional por otros igualmente contratados por el Ministerio, luego se retirará la Cruz Roja y la Defensa Civil de la zona, el mes entrante el futuro empezará a desprenderse de ese lastre de pasado que todavía no tiene puesto en la memoria, y en tres o cuatro o cinco meses el país habrá ingresado al pueblo páez y a su desgracia en el cajón de los olvidos y las cuentas pendientes de donde Gustavo Wilches tratará de rescatarlos para pagar la deuda desde la

ternura de su rostro.

Después, tristemente y ojalá que no fuera así, los sitios arrasados se llenarán de turistas, de casas, de vendedores de peinillas, de plazas a Bolívar, de calles que se refundirán con el correr del tiempo y hasta la historia se olvidará de los que murieron. Yo escribiré este libro y lo regresaré a la tierra páez, el sitio al que pertenece y al entregarlo a Chepe, a monseñor Jorge, al médico Ortiz, al gobernador del centro, al mayor bonachón, al alcalde Abelardo, les diré lo que me enseñó mi abuela Isabel en una madrugada santandereana: "cuando el río suena, mijo, piedras lleva".

EPÍLOGO

Cuántas cosas se pierden entre el tintero en las reuniones de desastres, cuántas fallas, a veces pienso que de esas reuniones no queda sino el desayuno y la fecha de la próxima reunión.

El sistema, definitivamente, tiene vicios graves de protagonismo y burocracia ...pero no son exclusivos del sistema, ni siquiera es su culpa: es la herencia que le dejó el país, no solo heredó volcanes y ríos, sino también posturas y trámites innecesarios. Dos ejemplos: en algunas zonas quien tenía la remesa tenía el poder; los miembros del Comité Operativo Nacional un buen día, vestidos de civil, se fueron en los helicópteros a visitar las tumbas de San Andrés de Pisimbalá (una de las limitaciones para brindar apoyo aéreo es que cada hora de vuelo puede estar alrededor de los 1.200 dólares).

Porque el problema último no es el helicóptero, sino, como decía Cortazar, pensar que ese objeto era un tornillo porque tenía forma de tornillo. El problema último no es las toneladas y las cifras, no es la remesa y los suministros, sino el desgarrar de la tierra, ese reacomodar de huesos en las tumbas, esas lágrimas sin eco y sin pañuelo, esa demora lenta que le coquetea con tímida complicidad a la tragedia. La cultura de la prevención que tanto cacareamos no solo está sin construcción, sino que necesita previamente desmontar la cultura del desastre y la vocación de damnificados de muchos colombianos.

Queda una corporación que es muy singular: en ella tiene asiento la mayoría de actores del Cauca que son a su vez la mayoría de

actores del país que es a la vez sentar todos los conflictos históricos en una misma mesa. La atención de desastres y la reconstrucción de los pueblos no son ajenas a la condición humana y, por tanto plagadas por todos los males que agobian al hombre. El Che afirmó que una guerrilla que triunfara en Colombia, debía nacer en el Cauca.

La Corporación es una Asamblea Nacional Constituyente en chiquito, allí el CRIC ha querido aprovechar el cuarto de hora, seguir culpando al blanco y resolver de paso los problemas, como la tenencia de tierra, que ya cumplen muchos años. Lo interesante es pasar de un desastre manejado los primeros días por los militares con una visión de operativo de guerra y de unidades tácticas a una fase de reconstrucción en donde cabe hasta la utopía.

Pero las historias incontables siguieron en el páez, las realidades continúan: una señora embarazada consultó a la una de la mañana y cuando su niño ya tenía un piecito por fuera, morado, y entonces Orlando y la jefa Janeth decidieron realizar una cesárea en uno de los salones del improvisado hospital, vestidos en bluyin y teniendo como luz algunas lámparas y contando dentro del grupo quirúrgico a una enfermera que se dedicó únicamente a espantar las mariposas y las polillas que llegaron como una pintura macondiana a presenciar como se salvaba al niño, la mamá y las esperanzas en la medicina occidental. Las mariposas se quedaron como un aparato de succión en espera y las luciérnagas como un cauterio disponible.

Luego las operaciones y las reuniones se dieron en Popayán, entre sus mitos religiosos y sus callejones apacibles, precisamente, en la catedral de Popayán está una virgen hermosa "en el misterio de su gloriosa ascensión", central y a sus pies el mundo. Es una virgen de quijada ancha, pómulos marcados, senos grandes y abultados, mestiza, humanizada, hecha mujer, impecable.

Es la imagen más bella de la ciudad, una humana mujer dispuesta a amamantar al niño, casi sonriendo, como una matrona santandereana, preciosa. En la puerta de la misma catedral, entre un cofre de vidrio, está El Sagrado Corazón de Jesús del Terremoto, una imagen que sobrevivió al sismo que afectó a Popayán el Jueves Santo 31 de marzo de 1983.

Precisamente, Popayán, la ciudad de más rancia aristocracia que todavía suspira con nostalgia por los años idos de la colonia, es la capital de un departamento rodeado de indios y de negros en sus zonas rurales. Sus impecables paredes blancas se ven asaltadas por grafitis como este: "Vanas gentes estas, dadas además a la mentira". Y frente a la Topatolondra, el bebedero más visitado por los desastrólogos, otro grafiti reza: "¿no podré dejar la mitad de esta soledad para la otra semana?".

La atención de desastres, lo sostuve en varias reuniones, podría resolverse con tres amas de casa que cada una hubiese parido unos siete hijos, ellas sí que saben lo que es administrar un mierdero. Por ejemplo, cuando Mauricio coordinó a los de los helicópteros era un despelote, luego delegaron la tarea en Misael, un antropólogo venido a más con el que fueron más los problemas que las soluciones; luego funcionó todo bien, incluso peticiones a última hora para sacar un paciente y entrar una comisión del Ministerio de Salud fueron atendidas de manera oportuna y sin tropiezos Cuando viajé a La Plata me enteré que Misael delegó al técnico de Telecom para que coordinara los vuelos, era simple, solo se trataba de sentido común.

Lo repito: la atención de desastres podría resolverse con tres amas de casa. En la zona yo permanecí hasta el 19 de agosto, dos meses y medio, hasta que se transformaron muchas cosas para dar paso a otras.

Pero, insisto, el desastre del páez fue más grave que Armero: por la cantidad de sobrevivientes, la dispersión y la población indígena inundada ahora por antropólogos. Este país está lleno de expertos que se les va la vida haciendo diagnósticos, criticando en tabernas y escribiendo artículos de prensa.

En el desastre de Villa Tina, seis semanas antes, Ingeominas terminó un estudio en el que indicaba por dónde podría fracturarse el cerro; en el de Armero muchos fueron los estudios proféticos... ¿cuántos desastres estarán esperando a que se termine su estudio para entonces sí cumplir tales profecías?

POSTDATA

Para Sábado, un escritor debe ser ante todo un testigo insobornable, y eso fue lo que intenté. Sin ninguna pretensión irónica, espero que estas líneas sean leídas con respeto por los integrantes de las instituciones responsables de la prevención y atención de desastres y que (ojalá) causen algún malestar, malestar que no nacería de mis letras, sino de una realidad menesterosa como es la atención de estos eventos.

Digo que espero sean leídas con respeto para que se vuelva este texto otro más en la necesaria y aplazada autocrítica que nos permita entender los desastres más allá de los decretos y los simulacros y corregir nuestras deficiencias.

Así como nos permitimos discutir entorno al Plan Operativo Nacional o al Fondo Nacional de Calamidades (este texto no es menos serio y, creo, más cercano a la realidad), espero nos permitamos revisar estas páginas desprovistos de ese protagonismo institucional, de esa normatividad y ortodoxia que nos corta la imaginación. A todos, gracia por permitirme acercarme a esta realidad, escribirla y, ojalá, discutirla.

Víctor de Currea-Lugo

Médico de la Universidad Nacional de Colombia. En el campo de la administración de desastres, fue asesor del Ministerio de Salud (1994-95) y profesor invitado de varias universidades. En 1994, coordinó las labores operativas del Ministerio de Salud en la zona del desastre de la Cuenca del río Páez.

"Cuando el río suena" es un diario de viaje en el que cuenta sólo subjetividades, sólo impresiones fragmentadas y personales de su participación en las tareas de atención del sismo y avalancha del río Páez en junio de 1994. En sus palabras, en este libro "(las) alegrías no están explicadas en cantidad de toneladas ni sus tristezas en el número de muertos; sus personajes no son inamovibles figuras de cartón; sus visiones no son globales ni totalizantes; sus apreciaciones no son definitivas sino las que se diluyen al momento; sus pretensiones no son diferentes a las del diálogo de dos amigos que cuentan en voz baja lo que no se le sostiene a nadie porque son eso, apreciaciones".